REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIII — San José, Costa Rica **1937** Sábado 16 de enero — Num. 4

Año XVIII — No. 788

SUMARIO

Una voz heroica

Por JUAN MARINELLO

= *Envío del autor.* México, D. F., 1936 =

—Yo tengo todavía una voz.

....

El sol de España, o se alza ahora para alumbrar una tierra de justicia y de dignidad humanas, donde no cabéis vosotros, o no se alza para nadie.

....

Me esperan en España la guerra y la verdad. Alas y velas para mí... Que me abran las esclusas y las puertas del viento.

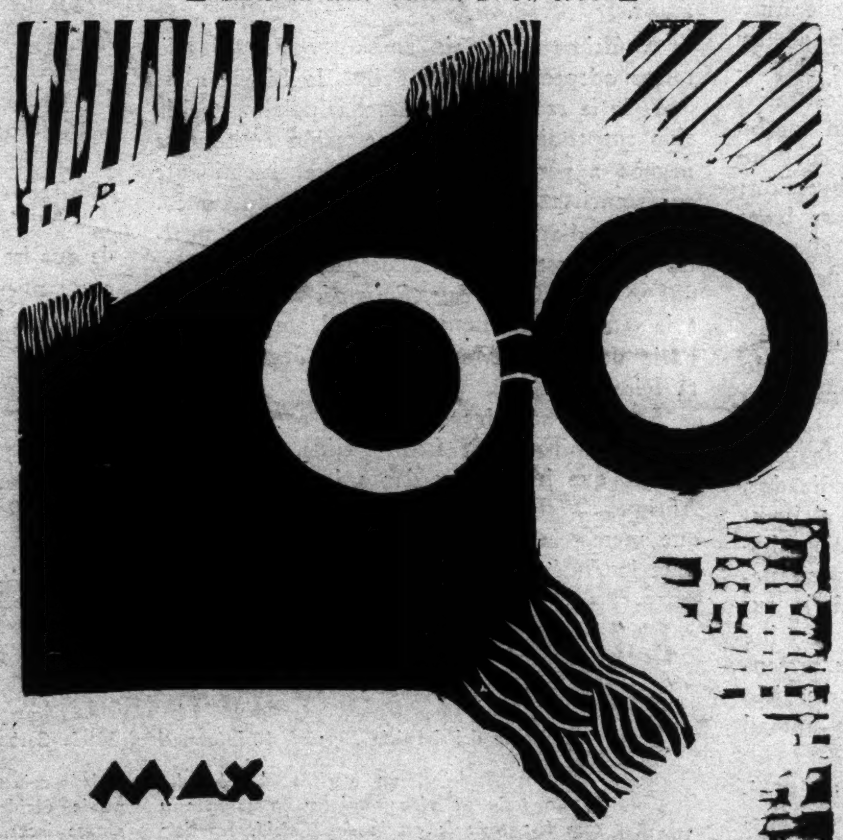
....

Me voy a buscar la muerte y a encontrarme con Dios.

....

Poetas y amigos del mundo: os mando estas palabras que me han repudiado los mercaderes de Panamá. ¡Dadlas al viento, juntadlas con las vuestras y reforzad la canción de mañana!

LEON FELIPE,
en *Good bye, Panamá.*



León Felipe

Madera de *Max Jiménez.*

Antenoche se efectuó en la ciudad un homenaje singular. Muy pocos tuvieron noticia de él. Fué un homenaje intenso, callado, íntimo. En una sala grande y desolada—la sala de trasmisiones de la Secretaría de Educación—se citaron cuatro amigos. La vastedad del local, el silencio obligado cerca de las trasmisoras y la cortedad de asistentes, acendraba la intimidad cálida. Las voces hablaban frente al micrófono para muchas gentes lejanas, pero como hablaban emocionadas, no recordaron nunca que lo que decían llegaba a oídos numerosos. En realidad, todo se dijo para uno mismo o, a lo más para los otros tres auditores, hermanados en un solo recuerdo. Cuando terminaron de decir su tributo, se dieron las manos en silencio y salieron callados a la noche ingrata.

Hace tres años justos dijo León Felipe, desde este mismo salón desierto en que se le recordaba antenoche, las tormentas augustas del Rey Lear. Su decir encendida, en que entraban la vieja maestría del hombre de tablas, el fino entendimiento shakespereano y su gran fuego lírico, cautivaron a la gente joven que asistía por devoción o por deber burocrático, a aquellas trasmisiones. En muy breves días se hizo León Felipe de discípulos vitalicios. Su hombría tierna y atormentada, su rico silencio, su hablar aborrascado y luminoso, quedaron para los asistentes a sus declaraciones como presencias bendecidas. Ahora León Felipe está en España, en su España sangrienta, apasionada y heroica, cumpliendo su vocación de hombre. ¿Por qué no reunirnos los espectadores de hace tres años a recordarlo sin alardes, sin ruido, sin público presente, a decirle—aunque no lo oiga ahora, aunque no lo oiga nunca—nuestra plena adhesión, nuestra hermandad con su actitud y su destino?

Alvaro Gálvez leyó unas cuartillas tan lejanas a su diaria tarea obligada como adentradas en la emoción de la poesía de León Felipe. El gesto del hombre "que se va a buscar la muerte y a encontrarse con Dios" estuvo cabalmente situado en la pasión del poeta. Cuando terminó sus palabras de auténtico homenaje, leyó la señorita Vidaña, con interpretación perfecta y rara naturalidad, los mejores pasajes de *Drops a Star*. Pocas veces, muy pocas, ha gozado un poeta de versión tan cabal. Nosotros pensábamos, mientras la señorita Vidaña revivía el verso estremecido, los atisbos adivinadores, los relámpagos tenebrosos, las admoniciones magnas, en la suma de dolores sin fondo, de indefinidas apetencias, de mundos entrevistos, de intramundos sospechados, de abismos presentidos, de esperanzas radiosas, que pasaron por la frente nobilísima del poeta en las noches veracruzanas en que engendró su gran canto de ocaso y aurora. Callada la fina voz fiel, recordó Sotelo la estancia mexicana de León Felipe y definió con acierto verdadero el sentido de su actual beligerancia.

Nos tocó a nosotros meditar en la voz del poeta, ahora alterada de pasión militante. Para nosotros su *Good bye, Panamá*, documento humano, señal de época, no es cosa distinta de su obra anterior ni su modo panfletario le quita la esencial virtud poemática. Hay aquí la tragedia que sólo pueden dar los poetas grandes porque lo trágico es su *tono*. Nadie puede hablar sino con su voz. Ella denuncia la sustancia animadora lo mismo en una corta palabra que en un largo discurso. Lo trascendente de León Felipe—poeta entero—está en su su palabra, color de su angustia. Esta voz de *Good bye, Panamá* es, como la de sus oraciones trashumantes y la de su *Drop a Star*, inactual por eterna, vigente por sangrante. Sólo que ahora se afila y empina contra un conflicto que merece, por universal y por humano, la calidad de esta voz.

Si se nos exigiera un término que calificase, definiéndolo, a León Felipe, yo diría que es un hombre ansioso, a igual distancia del hombre militante que del hombre aparte, pero con valores contradictorios que le llegan de uno y otro. Un ímpetu místico que le sube de su hispanismo radical, que le muerde a toda hora la entraña desolada, lo empuja a una meditación solitaria, remordida y rencorosa de sí misma. Un mandato cristiano de caritativa comunión le arrastra a la plaza encendida. En parte alguna encuentra su centro, aunque halle escapes aquietadores lo mismo en el diálogo recóndito con su corazón que en las disputas alteradas de los hom-

bres. Su escape, su escapada definitiva, está en él mismo, en esa pelea inacabable que dan en su pecho su mundo y el mundo en que le ha tocado vivir. Su calidad ansiosa es—alto y grave privilegio—su razón de existencia. Sin el perfil trágico no se le concebiría porque no puede concebirse una naturaleza hueca de sí misma.

¿Y cómo esta voz de pugnas y angustias cobra ahora, en su dramática despedida de la contemplación—el poeta no se despide de Panamá sino de su oficio espectante—una calidad nueva, un signo positivo? ¿Es que ha muerto su voz antigua, esa "que viene desde el comienzo del mundo, que recibieron Homero e Isaías de otros rapsodas antiquísimos, que luego la empujan por la historia nuevos bardos y que va de pueblo en pueblo, de angustia en angustia y de esperanza en esperanza, hasta que llega Whitman y la recogen los poetas de hoy para decir las mismas cosas a los mismos hombres"? ¿Será que se resuelve ahora su vieja condición agonal? No. Es que su pugna interna ha arribado a una culminación superadora y, sin morir, orienta sus polémicas. Es que ahora el hombre, el hombre de Europa, el hombre de América, el hombre del mundo, está dando un gran combate por el hombre. Es que el poeta advierte como que las flechas contrarias se embisten para emprender un común rumbo nuevo. Un rumbo único fuera del cual no hay más que tiniebla, ruina y abyección: "O el mundo se organiza sobre unas bases de justicia y de dignidad humanas o el mundo no se organiza de ninguna manera"..... Sabe el poeta que el hombre de la plaza trabaja ahora para el hombre de meditaciones. Trabaja porque mañana la meditación no rehuya la plaza ni la plaza mire con rencor al hombre ensimismado. Trabaja para que el hombre meditador no se sienta lejano y extranjero, como ahora, del hombre realizador, ni el hombre de multitud sienta por el hombre aparte el despego temeroso de quien descubre una sustancia radicalmente inasimilable. El poeta siente, confusamente, bajo sus propias tormentas, ese encuentro del hombre con el hombre, esa unidad prevista y presentida en sus desasosiegos. Se pone al servicio de esa unidad, matriz trémula de su unidad propia.

Al decidir así realiza el poeta un acto heroico. Porque la unidad que los hombres buscan y ansían, la que él ahora acepta y empuja, no viene limpia de resacas ingratas al poeta. Las fiebres de su lucha se le agravan al hombre lírico en las desapoderadas violencias de ahora. Sufre hoy más que ayer su disociación central, su cruel conflicto. Pero sabe, penetra, en su misma ansiedad, que su sacrificio acercará el mañana, traerá la unidad que será la paz del hombre y la paz de su pecho. Da su ansia, el minuto más dramático de su ansia, para que mañana no haya hombres como él, distendidos, crucificados entre los rumbos enemigos.

El ejemplo de León Felipe tiene por eso, por su significado íntimo, una categoría cimera. Hombre de entraña cristiana, hijo de la catolicidad mejor de su tierra, no ha podido liquidar en su pulso lírico huellas estorbosas para la recta y dura militancia materialista de hoy. Gime valientemente su extranjería. Orienta con violencia de sí mismo su definición política. Se sigue interrogando, como a lo largo de sus poemas, qué cosa es él, qué cosa son los hombres, qué cosa es el mundo. Pero halla que tiene una voz, que "tiene todavía una voz" y que ha de emplearla en la más dura y alta faena. Su canción ha de darse ahora a la unidad del hombre. Es la canción que los tiempos quieren, pero la misma que el poeta quiso siempre:

Es la nueva canción
y la vieja canción,
¡nuestra pobre canción!

Sí. Es la misma canción, es la eterna canción, es la pobre canción que no trabaja para quien la dice, carne empedernida en su conflicto, sino para los poetas de mañana, dueños por éstos sacrificios de ahora, de una gran fuerza sin contradicciones y de una unidad de imprevisible vuelo.

La despedida de León Felipe

= De *El Tiempo*. Bogotá. Enero de 1937 =

Hace poco más de un mes que León Felipe, el gran poeta español, abandonó Panamá, ciudad a la que había llegado seis meses antes con la misión de dictar una serie de conferencias culturales en la Universidad.

León Felipe fué acusado de propagandista revolucionario por los miembros de la colonia española de la capital del Istmo y por la propia embajada de este país. El arzobispo mismo parece que desconceptuó a Felipe en sus pláticas de la catedral. El poeta entonces resolvió marcharse. Pero antes preparó una despedida de Panamá que anunciaron sus amigos que sería radiada personalmente por su autor.

A última hora, sin embargo, los universitarios adeptos a León Felipe le hicieron saber que la radiación de aquellas palabras había sido suspendida, o que la estación emisora se negaba a permitirla, por lo que el eminente conferencista resolvió publicarla en un diario. Mas, los diarios también le cerraron las puertas y por esta razón la despedida de Felipe, que se titula *Good bye, Panamá*, ha sido dada a la estampa recientemente en el amplio semanario de García Monge, en San José de Costa Rica.

Amargas son las frases que contiene esta pieza fulminante de León Felipe. Tiene ella pasajes que hacen recordar a los profetas del Antiguo Testamento. Su trascendencia es tal que merecería ser divulgada profusamente en toda la América Hispana, porque el vacío hecho en una de nuestras repúblicas en torno a una egregia figura de la Raza, es cosa que nos afecta a todos.

León Felipe no vino a tierras del continente a conspirar contra nada ni contra nadie. Vino a dictar un curso de conferencias y las ideas que expuso durante su permanencia en la capital panameña no debieron ofender a ninguna persona ni a institución alguna. Expuso allí el poeta su pensamiento y nada más. De modo que la actitud del clero y de los españoles residentes, así como la de los periódicos de aquella capital, es inexplicable, por decir lo menos.

De lo sucedido a León Felipe en el Istmo no se ha tenido noticia hasta que *Repertorio Americano* ha dado a la publicidad las palabras de protesta del poeta, y ello es sensible porque se trata de una eximia personalidad que cuenta en Colombia con numerosos admiradores y que seguramente se habrá llevado a su patria un doloroso recuerdo: de la agresión de que ha sido víctima en un país que ha sido parte nuestra, por un lado, y por otro del silencio de los vecinos, que él habrá seguramente interpretado como una complicidad.

Es sensible lo ocurrido. Quisiéramos que todos en América fuéramos gentiles con los extranjeros que nos visitan y sobre todo con los grandes hombres de letras. Podemos pensar como queramos. Pero debemos en todo tiempo ser corteses. Lo uno no está reñido con lo otro...

El dolor del escritor Arniches por la ruina de Madrid

= Envío del *Servicio Español de Información*, María Carbonell, 2. Valencia, España =

Carlos Arniches, un escritor que ha dedicado toda su vida a pintar en sainetes y comedias toda la gracia de Madrid, especialmente de los barrios populares, ha tenido que salir con su familia de la capital para venir a Levante. La razón de este viaje han sido los bombardeos que los rebeldes hacen casi todos los días sobre Madrid. Todos los españoles lo han sentido como cosa propia; pero Arniches tiene una pena más que le viene de que su obra se resiente de esos ataques aéreos. A los gratos sainetes de este escritor correspondían las calles y las plazas de los barrios extremos de Madrid, de los que había sabido recoger la significación más amable y simpática. Esos barrios no existen más que en parte; acaso desaparezcan del todo. Y la obra de Arniches puede quedarse—se está quedando—sola, sobreviviendo a la ciudad que la inspira toda.

He aquí lo que nos dice:

"Cuando Madrid llora, el guitarrillo humilde del malhadado sainetero tiene que vibrar con eco dolorido. No puede olvidar que, entre sus escombros, empapados en sangre inocente de niños y mujeres, puede aparecer algún tejuelo que a mí se refiera. Yo tenía, no sé si la tendré aún, una calle por un barrio popular y castizo, rotulada con mi nombre. Era mi alegría y mi orgullo: porque era el premio que otorgó al amor que siempre le tuve a ese pueblo heroico e inmortal.

Toda mi vida de artista, del modesto artista que pretendo ser, es Madrid. A enaltecer sus virtudes, a corregir sus defectos, a propagar su gracia, a cantar su alegría y su donaire, se consagró por entero, desde mi juventud, mi modesto ingenio.

¡Madrid era algo tan mío, tan de mi corazón, que entre sus ruinas ha terminado mi vida de autor! ¡Trágico final, jamás soñado! Porque el Madrid que venga que ¡ojalá sea el Madrid glorioso y magnífico que yo deseo, libre, fuerte y culto, regido por la igualdad entre los hombres, la justicia y la paz!, ya no será el mío y le cantarán otros hombres, no con más amor que yo, pero sí con más entonados y vibrantes acentos.

Yo no soy político, no he sido político nunca, todo el mundo lo sabe, pero no quiero disimular en la nebulosa del apoliticismo mi indignación y mi horror ante las crueldades de una guerra despiadada, hecha por quienes no quieren apartar del furor de la lucha a niños inocentes y a infelices mujeres. ¿Qué se quiere castigar con esto...? Pues el ansia de un pueblo que clama por su derecho al bien, a la justicia, a la igualdad entre los hombres, a que todos seamos mejores, más cultos y más libres.

Y a mi dolor me vuelvo. No pueden tener otro designio mis setenta años. ¡Vejez y dolor! ¡Madrid, Madrid, deja un rinconcito en tu duelo, para que quepa el de tu pobre sainetero!"

Cuento español

A don Pero González de Mendoza, fraile franciscano, electo arzobispo de Granada, le dijo el duque de Lerma:

—Muy contentos estáis todos con la elección que S. M. ha hecho en vuestra señoría, si bien para prelado le juzgan muy mozo.

Respondió el arzobispo:

—Falta es esa de que me iré enmendando cada día.

(Lo cuenta *Juan de Arguijo*).

Norberto Pinilla

Por *MAX JIMENEZ*

= *Colaboración*. Costa Rica y enero del 37 =

Norberto Pinilla no es un bonito nombre. Ese nombre le cuesta al profesor Pinilla trabajo, con ese nombre tiene que trabajar el doble de cualquiera que tenga un sobrenombre ruso, alemán o yanqui. En Chile se estila llamarse de otra manera que como le puso a uno el cura.

Norberto Pinilla, Max Jiménez, tenemos que trabajar mucho porque usamos el nombre que se le antojó a nuestros padres. Originalmente fuí bautizado con el nombre de Maximiliano porque mis padres en esos momentos estaban románticos, yo luego me lo corté a Max porque tuve que firmar. Cosas que se me ocurrían.

Esto del nombre puede agravarse según el país donde se nace. Nombre simple, y país pequeño aun exige más trabajo, como Darío que nació en Metapa, mejor dicho, Darío le cambió el nombre a su pueblo.

Norberto Pinilla nació en una ciudad del Sur de Chile, en el mismo lugar a donde fueron a parar los auracanos. Pinilla es indio, es salvaje, hemos simpatizado porque yo también soy salvaje.

El indio sincero que le salta a ratos le ha costado muchas molestias. Pinilla fué ofendido en su categoría de profesor y hombre y el dolor de no poder protestar a gritos de los juicios viles de los compañeros le maltrató el sistema psíquico encajonado; entonces quería ser monje, él decía que quería ser un monje blanco.

En Chile hay un pequeño café que se llama el Patio Andaluz, está en un subterráneo, allí se dicen poesías, pero como sólamente se acataba a los poetas españoles, pedimos que recitaran a los chilenos, a los hispanoamericanos; luego cantaron en alemán. Pinilla y yo también nos molestamos, queríamos que cantaran cueca, el resultado fué que nos echaron del local. Nuestro sentimiento era nacionalista, dió pésimo resultado



Norberto Pinilla

Madera de *Max Jiménez*

En otra ocasión, en la posada del Corregidor, bailamos cueca, mi compañera fué muy aplaudida. Pinilla decía: "Aprendan, aprendan, no son chilenos". El sentimiento patrio de Pinilla es admirable, él como pocos tiene derecho de llevarlo porque es profundamente chileno, no es rubio, es de melena muy negra, hirsuta como de león.

Cuando se ama a su patria como el profesor, se es tan hospitalario como él. Cuando subíamos por las escaleras de la antigua Universidad me decía: "Por aquí subió don Joaquín García Monge, yo quiero que Ud. se lo diga, yo quiero que él sepa la inmensa estima que le tengo".

El profesor traduce, ama la estética, en los artículos que se publican ahora, se ve un sentido puro y claro. Dice Azorín que el escritor español para que sea estimado tiene que escribir en estilo pomposo, pero hemos aprendido a no estimar la popularidad o por lo menos a conformarnos con la impopularidad.

¿Tendré que aclarar la filiación política del profesor Pinilla? Ahora parece ser indispensable. No lo sé, es mi amigo.

Generalmente he sido camarada de los hombres de arte plástico; en Chile no, en Chile tuve el gran honor de andar con profesores. El profesor chileno vale inmensamente, es pagano, quiero indicar que no es maestro de escuela, es profesor, es de criterio amplio. Nombro enfáticamente a mi admirable amigo el profesor Arturo Piga.

El profesor Pinilla es todo un luchador, es un magnífico amigo y hemos tomado juntos la consagración de la tierra que sueltan las vides del Chile trascendental.



Madera de *Emilia Prieto*

Mientras haya millones de niños hambrientos, madres explotadas, mujeres prostituídas y guerras en que mueren millones de soldados por salvar los intereses de las clases capitalistas, no podemos creer en estas hermosas y santas palabras. Son valores estancados. Nada nos dicen, nada están haciendo por la dignificación del hombre ni por el avance de la cultura. Hacer palpable su fracaso, desenmascarar la hipocresía que las hace estériles donde quiera que la hallemos, es lo urgente.

Esta es la exégesis heroica

Por LEON FELIPE

= De *Ayuda*. Madrid, 31 de octubre de 1936 =

¡Ahí están, miradlas! Ahí están en el aire todavía, temblando de emoción, paradas en el cielo desde hace veinte siglos en la curva divina de una parábola estas palabras evangélicas: "Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de los cielos".

Los curas las han estado escupiendo y vomitando desde los púlpitos centuria tras centuria, año tras año, domingo tras domingo. Los prelados y los obispos las han llevado de catedral en catedral, de iglesia en iglesia, de plática en plática y han acabado siempre por sentarse, después de los sermones, a la mesa de ese rico de tan dudosa salvación, para decirle así de una manera abierta y paladina que el Evangelio no es más que una manera *lírica* de hablar. Metáforas todo, metáforas irrealizables hechas sólo para adornar el sermón melifluo y dominical de los predicadores elegantes. ¡Qué otra cosa podría ser! dice el hombre doméstico—. Pero he aquí que llegan ahora unos hombres extraños. El hombre heroico que afirma y que sostiene que el verbo lírico de Cristo y de todos los poetas no es una quimera, sino un índice luminoso que nos invita a la acción y al heroísmo, y que esta metáfora del camello y de la aguja, del pobre y del rico tiene un sentido que, desentrañado y realizado, puede llenar, sino de alegría, de dignidad, la vida del hombre.

Esta es la exégesis heroica. Escuchad:

Hay que salvar al rico. Hay que salvarle de la dictadura de su riqueza, porque debajo de esta riqueza hay un hombre que tiene que entrar en el reino de los cielos, en el reino de los héroes. Pero también hay que salvar al pobre porque debajo de la tiranía de su miseria hay otro hombre que ha nacido para héroe también. Hay que matar al rico y al pobre para que nazca el hombre. El hombre heroico. El hombre heroico es lo que importa. Ni el rico, ni el pobre, ni el diplomático, ni el industrial, ni el comerciante, ni el soldado, ni el artista, ni el poeta siquiera importan nada. Nuestro oficio no es nuestro destino. Nuestra profesión no es lo sustantivo. "No hay otro oficio ni empleo que aquel que enseña al mozo a ser un héroe". El hombre heroico es lo que cuenta. El hombre ahí, desnudo bajo la noche y frente al misterio, con su tragedia a cuestas, con su verdadera tragedia, con su única tragedia, la que surge cuando preguntamos, cuando gritamos en el viento: ¿Quién soy yo? Y el viento no responde. Y no responde nadie. ¿Quién soy yo?... Silencio... Ni un eco, ni un signo... Silencio. Para que grite conmigo busco yo al rico y le digo: "Deja tu riqueza y ven aquí a gritar". Para que grite conmigo busco yo al pobre y le digo: "Salva tu pobreza y ven aquí a gritar":

Todas las lenguas en un salmo único
y todas las manos en un ariete solo
para derribar la noche
y echar de nosotros la sombra.

Sí. No hay dictaduras humanas.

Estrellas,
sólo estrellas,
estrellas dictadoras nos gobiernan.

Pero contra la dictadura de las estrellas, la dictadura del heroísmo. Para que grite conmigo busco yo al hombre, para que junte conmigo su angustia y la funda con la mía en una sola voz busco yo al hombre.

Esta es la exégesis heroica.

Esta es la exégesis heroica que tan bien le va al español para quien la vida no es ni ni ha sido nunca una cuestión de felicidad, sino una cuestión de heroísmo. Y su sangre, esa sangre que está vertiendo ahora y la que vertió a través de toda la historia no se puede medir con un criterio pragmático. A mí no me preocupa la sangre que se vierte. La sangre del hombre está hecha no sólo para mover su corazón, sino para llenar los ríos de la tierra, las venas de la tierra, y mover el corazón del mundo. Esta es la exégesis heroica. En cuanto se ha definido como doctrina y ha adquirido posibilidades de realidad, el mundo doméstico de los fariseos se ha vuelto furioso contra ella. Y ahora no hay más que una lucha enconada entre dos clases de hombres. La de los que quieren seguir la curva lírica de esta parábola, quieta hoy y elevada en el cielo, hasta sus últimas posibles realidades, hasta verla caer en la tierra y moverse aún abriéndole caminos nuevos al hombre por la Historia, y la de las que aseguran que interpretar así la parábola es una blasfemia y una herejía.

No hay más, no ha habido más y no habrá nunca más que estos dos bandos en el mundo: el del hombre doméstico y el del hombre heroico. A este lado está el pueblo ético y religioso de todos los pueblos y un puñado de poetas encendidos e iluminados. Al otro estáis vosotros, facciosos y fascistas y el resto del mundo, los hombres bárbaros que pretenden defender la cultura y no defienden más que unas posiciones anacrónicas, y esas otras naciones pragmáticas y cobardes también que aún piensan que el mundo es una cuestión de felicidad. Todos estos hombres no hablan más que de Dios y dicen sin cesar que Dios está con ellos. ¿Pero qué Dios es el vuestro? ¿Qué Dios es ese que defiende a los usureros, a los millonarios, a March, a Queipo del Llano y a los arzobispos? Es un Dios absurdo y monstruoso que os habéis inventado para justificar la rapiña: es el Dios de la calumnia y del crimen, el Dios que acepta las ofrendas y las oraciones del banquero y del prestamista y quema las cosechas para crear el hambre; es el Dios que amordaza, encarcela y asesina a los profetas. Contra este Dios que tenéis siempre en la boca vosotros y le llevan como insignia vuestros generales y en nombre del cual bendicen vuestros arzobispos a los soldados, blasfemamos nosotros: el pueblo religioso herético y heroico que busca el Dios verdadero. Y yo os digo ahora con mi voz eterna, con esta voz mía y de todos los poetas que es la misma que pasa por la Historia desde Isaías hasta Whitman, con esta voz que pesa más que todas vuestras calumnias: que los que hoy blasfeman serán mañana los santos.

En el entierro de Pablo de La Torriente

Por LINO NOVAS CALVO

= *Envío del autor*. Madrid, diciembre de 1936 =

El día 23 de Diciembre de 1936 se dió tierra en el cementerio de Chamartín al cuerpo de Pablo de la Torriente Brau, comisario político de la Brigada Campesino.

Entramos con el poeta Aparicio. Envuelto en una sábana blanca, tendido en la camilla que le trajo del frente, estaba el cadáver. No nos atrevimos a destaparle la cara sin autorización del oficial. Parecía reducido. Todo el músculo y el vigor de aquel joven alegre y deportivo había venido a ser una contracción de hombre, después de tres días abandonado en campo enemigo. Los zapatos brotaban hacia arriba en forma de X, las anchas suelas encostradas todavía de la última tierra que pisara. Los camilleros que le habían recogido al pie de la loma por la cual se habían descolgado los fascistas, le velaban arrimados a sus varas. Semejaban una guardia de labriegos, erguidos, taciturnos, oscuros, tristes y silenciosos.

Sin cera ni flores, sin lágrimas ni rezos, esta era la capilla de un héroe del pueblo, su último domicilio entre sus camaradas. Costaba trabajo creer que aquel fuese Pablo. Yo preferí recordarle como le había conocido la primera vez a pleno sol tropical; y le había visto la última a sol invernal en Madrid. Sus palabras, su sonrisa franca, sus movimientos de atleta, el tono de su voz, el original estilo, casi brutal de sus narraciones, el cordial apretón de su mano, todo lo que había sido aquel gran camarada se agolpó junto a mis sentidos. Me oprimía las sienes y el corazón, como si todo su ser desbordante se metiera en mí, se metiera en un cuerpo y en un alma más pequeños.

Subimos a una terraza alta, desde donde se dominaba el bosque. El comisario de cultura de la Brigada *Campesino*, Miguel Hernández escribía al sol un informe jurídico. Me senté junto a él, esperando a que terminara y me contara despacio cómo había sido rescatado el cadáver. Mientras aguardaba me dió a leer uno de sus últimos y magníficos poemas, una elegía a García Lorca.

....Tú el más firme edificio, destruído.
Tú, el gavilán más alto, desplomado.
Tú, el más grande rugido,
callado y más callado y más callado...

Me leí una y otra vez aquel poema. Así hubiera querido escribir yo uno a la muerte de Pablo. Por no poder, pensé que hubiera querido morir con él, luchando a su lado, como el niño de trece años que recogió en un pueblo y que le acompañó hasta la muerte y se fué con él. Hubiera sido un morir doblemente bello, morir con un héroe, con un amigo y con un camarada resumidos—agrandados— en la misma persona.

El sol descendía pálido y tibio. Abajo, en el bosque, probaban armas nuevas unos milicianos. Un grupo de compañeros, escritores y periodistas, aguardamos en silencio. Todos le hemos conocido, a todos nos había comunicado su cordialidad franca y honda. Sólo yo puedo sentir, más no expresar ahora, todo lo que fué este camarada caído frente al enemigo. Le había conocido creciendo todavía cuando yo crecí. Leí sus primeras páginas; comenté su primer libro, como mi prosa también primeriza, sentí su afecto y su simpatía a través de sus amigos y compañeros, le ví

formarse políticamente a través de un ambiente, un carácter y una revolución política y social. Luego le ví aparecer aquí, en plena guerra, hecho otro hombre. Un hombre más completo que no había dejado de ser el que yo había conocido. Ahora tenía que verle muerto, todo mi espíritu estaba lleno de su vida. Toda su muerte me impedía sentirle muerto.

Bajamos una escalera quebrada y difícil, inventada por alguna imaginación cruel. El campo invernal cobraba un tono de cobre. Parecía que el tiempo había despejado para dejar que el sol, que le había velado por tres días en campo enemigo acompañara hasta la tumba a este hijo del sol. La capilla estaba ahora impregnada de perfumes de flores. Sobre el ataúd había varias coronas. Aparicio levantó una y por el cristal vimos el rostro. Se le reconocía fácilmente. Algo reducido, conservaba la serenidad que le acompañó a la muerte. Me contaron como había sido. Una bala de fusil o de ametralladora le atravesaba el corazón. Sólo le había quedado tiempo para decir: "Me muero" y echar mano a su cartera con ánimo de deshacerse de documentos que pudieran interesar al enemigo. Pero éste no llegó a pisar aquel campo. Sus manos manchadas con la sangre de los trabajadores no llegaron donde sus balas extranjeras habían llegado.

Durante más de una hora permanecimos callados junto al cadáver. Una representación de la Marina le había traído una corona, y los marineros velaban también a este camarada nacido en medio del mar. Un delegado de la Junta de Defensa y el Comisario que le sustituye al frente de la Brigada *Campesino*, vinieron a expresar su sentimiento a los cubanos que estaban allí. En pocos meses, Pablo se había hecho querer y admirar de todos. Todos se dieron cuenta de que habían perdido un héroe. Yo hubiera querido decirles allí mismo que todos habíamos perdido también un gran escritor. A la puerta esperaba la carroza. La tarde se iba tornando plomiza. El silencio era más y más profundo. Nos dijeron por qué se demoraba la salida. *Campesino* había resuelto sustituir el ataúd por otro más fuerte, a fin de que el día de mañana pudiéramos llevar más conservados los restos de Pablo de la Torriente a su tierra natal. Cuando se le trasladó al nuevo ataúd, le vimos incorporarse flexible como si despertara. Tres días hacía que se le había ido la vida, sin embargo su cuerpo parecía a punto de perderla o de recobrarla. Sus rasgos estaban intactos. Se le reconocía especialmente por la expresión dura de la boca, herméticamente cerrada, y por la espaciosa frente bronceada. La palidez de la muerte no había logrado invadir aún su piel.

Pablo salió en hombros de dos poetas y de dos comisarios políticos, entre filas de soldados del pueblo, seguido de marinos y amigos personales. De un principio se había pensado llevarle al cementerio del Este. *Campesino* decidió que el de Chamartín era más humilde, más proletario, y por lo tanto más conforme al combatiente comunista. Pablo mismo hubiera elegido este cementerio para echar en él su cuerpo. Habíamos andado unos cincuenta metros cuando el entierro se detuvo y la figura guerrillera de Valentín González, *Campesino*, apareció sobre un muro con el puño en alto: "Camaradas —dijo— tan sólo cuatro palabras. Los deberes de la guerra me llaman urgentemente al Ministerio. Y no tengo que deciros sino que sigáis el ejemplo que vuestro jefe político ha dejado entre nosotros; y que cuando volváis al frente le venguéis con ese ejemplo, acometiendo al enemigo con el valor y el aliento que le animó a él hasta el fin".

Recordó *Campesino* frases y hechos del que había sido su comisario político. Su voz inflamada se quebró y adelgazó. Fué un momento de ternura y de tristeza infinitas. Por fin el tono del guerrero se abrió paso nuevamente. *Campesino* se retiró. El entierro siguió camino.

La noche había cerrado por completo. La luna llenaba el cielo con una luz difusa que se nos filtraba a través de una neblina blanca y liviana. Pronto salimos de la carretera y nos adentramos por solares, desmontes y campo abierto. Aparicio y yo marchábamos pareados, en completo silencio. Ninguno parecía tener nada que decir. Todo parecía estar dicho ya en el mundo. Marchábamos en fila, al son de los pasos acompasados de los soldados, por la noche adentro, hacia la gran noche donde deberíamos dejar al compañero querido. Los hombres no se aprecian ya en la niebla lunar; sólo se sienten sus pasos sordos y se ven sus sombras vagas y agrandadas. De vez en cuando asoma un chico o un viejo del desmonte y pregunta al ver los uniformes azules:— "Compañero, ¿es un marinero?"

El camino es largo pero no cansa. Tengo la impresión de marchar llevado por una fuerza mágica y sombría y de que este caminar será el destino de toda mi vida, de que no haré más nada que marchar así, a paso rítmico y eterno, detrás del cadáver de Pablo. Por fin se rompe la monotonía de la marcha. Una profunda trinchera vacía se abre ante nosotros y tenemos que bordearla. Luego asoma a lo lejos la cortina de cipreses del cementerio.

Y llega la hora más triste y honda. Una larga fila de fosas abiertas iba desde los cipreses al muro. Hoyos abiertos en la tierra dura y seca, en la tierra pelada de Castilla, que esperan a no importa qué cuerpo de trabajador o de combatiente. Los soldados de la brigada encerraron una en su cerco de bayonetas. Los demás engrosaron el círculo y aguardamos. Se hizo un completo silencio. Sólo se oían las respiraciones contenidas. A nuestra espalda, como gigantes de fantasía triste, nos velaban los árboles de la muerte. La voz del Comisario político resonó clara y potente sobre nuestras cabezas:

—"Camaradas....."

Al discurso de despedida, siguió la Internacional cantada en coro. Los puños se proyectaban a la luna contra la tierra ocre por encima de las tumbas. Una descarga rasgó el himno, pero éste siguió sin interrupción, como un símbolo. Las descargas han rasgado más de una vez nuestras filas, pero nuestros hombres han llenado la brecha con sus cuerpos y siguieron luchando; las balas han abatido, no lejos de aquí, un talento y un gran corazón, pero todo su ser vivo sigue incorporado a las filas de la libertad y continúa el combate por un mundo mejor.

Los soldados dieron vuelta y emprendieron sencillamente el camino de regreso. Unos cuantos compañeros rodearon el ataúd, y esperaron a que lo bajaran a la sepultura. En pocos segundos desapareció en la sombra. La luna parecía haberse fijado, más espesa, en los bordes arrancándoles una luz fosforescente. Pablo había bajado a lo hondo de la tierra. Nosotros, sus camaradas, guardamos un silencio angustioso sobre su pobre y angosta morada final. Otra estrofa de la *Elegía*, de Miguel Hernández, se me apretó al corazón.

¡Qué sencilla la muerte, qué sencilla,
pero qué injustamente arrebatada!
No sabe andar despacio y acuchilla,
cuando menos se espera, su turbia cuchillada!

Y vuelvo a salir de este letargo, para avivar en mí el fuego del recuerdo del camarada vivo, del amigo entrañable que he perdido un día al pie de un cerro de Majadahonda ¡Nunca, ya más nunca, se apartará de mí ese recuerdo!

Bocetos

Por NORBERTO PINILLA

= *Envío del autor*. Del libro próximo a publicarse: *Imagen del Camino*. Santiago de Chile. Setiembre del 36 =

El mar

El mar atrae por su fuerza y por su misterio. La fuerza la emplea en su "cantar eterno". No sabe del silencio. Enfila sus olas y lanza su líquido tropel en marcha y contramarcha que no concluyen jamás. Van y vienen las huestes incansables. En el choque con los acantilados costinos la ola se muele en sutil harina blanca y vaporosa. Es una fiesta en perla para los ojos ávidos de sensaciones nuevas.

Pero si el mar da la grandiosa impresión de fuerza no domeñada, de fuerza en constante renovación, de energía sin reposo ni quietud, de manantial de vigor natural incontenible, hay en el mar un sortilegio mayor, un atractivo máximo para el corazón humano.

Es el misterio. Bajo la bruñida lámina existe un mundo rico y fecundo. En la encrespada manta el misterio siempre queda intacto. No hay seña que se perpetúe. El hombre para surcarlo debe guiarse por el mapa de las celestes constelaciones.

El mar es siempre un cuaderno en blanco para que el marino, el poeta, el sabio escriban sus ciento y cien experiencias, ensoñaciones y observaciones. Mas no deja señal alguna de sus dádivas. Es avaro de su pureza. Ante cada persona se presenta como no mancillado por nadie jamás. Está constantemente virginal; es enigmático. Tiene siempre el encanto y la dureza de las iniciaciones.

El mar en sus sempiternas repeticiones resulta en todo tiempo novísimo. Se desdobla cambiando la variedad de sus matices innumerables. Sus verdes, azules, perlas, blancos, grises, platas, cristalinos, negros, violetas, dorados, en sus mudanzas de grado, de tono llegan a ser la escala cromática más fantástica más irreal, más inverosímil.

Nada es más atractivo que el renovarse sin cambio fundamental del mar. Misterio visual y oculto. Fuerza y enigma. Mutación y constancia.

Geografía infantil

Está situada mi aldea natal, Galvarino, en una hondonada. Suaves colinas rodean el recinto pueblerino y las vegas adyacentes. El ondulante filo de los cerros se une al cielo, simulando indicar que más allá el abismo o la nada.

Un día de mi niñez tomé mi yegua y me propuse alcanzar la línea, que se me antojaba, límite último del mundo. Llegué a la ci-

ma, pero la raya que tocaba el cielo huyó a un lejano horizonte. Sólo entonces comprendí que el mundo era mayor de lo que creí al pronto.

Supe después en mi escuela que el globo terrestre estaba compuesto de continentes y océanos inmensos. Que países dilatados y diversos dividían la tierra. Con el mapa aprendí que el mundo era grande y que su población estaba compuesta de muchísimos millones de seres racionales.

Han pasado los años. Se perfila la madurez. Sólo ahora comprendo que el mundo de mi infantil geografía no es tan pequeño ni tan grande como lo creí estudiando en el mapa. Ni la primera inocente ideación ni la segunda grandiosa concepción.

¿Cuántos años me restan aún? Nadie lo sabe. Pero siempre en la vida es preciso estar en faena de rectificación de conceptos. La lucha contra el error ocupa muchas horas en la existencia humana. No sólo se buscan verdades novedosas, sino que se destruyen ideas falsas. El hombre es a la par constructor y destructor. Y de esta paradojal condición saca la grandeza y miseria de su alma.

Cementerio marino

Venir a Puerto Saavedra y no visitar la tumba de Winter, sería no rendir un homenaje al poeta de la región. Y como el ademán nace espontáneo y cordial, emprendo jubiloso la jornada.

El camino se divide en dos partes. La primera, es una vereda cuyo borde derecho, yendo al cementerio, linda con un foso y una baranda de madera labrada. Por el opuesto lado una rústica cerca de tranqueras. Los maderos están cubiertos de líquenes de un verde oscuro. Tras la empalizada, tan llena de carácter y enérgica solidez, ondea un campo de trigo verde aún. Un suave oleaje de espigas rumorea. Los tallos que se rozan y saludan en colectivas reverencias sonoras, tapizan la vega.

Viene después la pendiente. A ambos lados del camino las plantas silvestres muestran sus ramajes desgreñados y en ese simpático desorden de los bosques. La pitra, el maqui, el laurel, el boldo, el canelo, el arrayán, el ulmo, el avellano, el notro, el michay, el espino decoran la senda de paz. La esencia del laurel y el boldo es penetrante. Las púas del espino, los negros frutos del maqui, la elegante hoja del avellano contribuyen a dar variedad y primor al paisaje.

Y allá en el fondo lejano la faja móvil del mar, cuyo rumor perenne llega mitigado por la distancia y la altura, sirve para completar el marco grandioso y soberbio de la tela terrestre en la cual descansa el caminante.

La tumba de Augusto Winter es sencilla, casi modesta. Está el poeta sepultado en el seno de la tierra. Tres plantas viven a su vera. Tal vez fueron sus predilectas del jardín: una palma, una verónica y una hortensia.

Esta sepultura, con ser tan humilde, posee una altísima dignidad. Hay en esos tres seres vegetales que viven en el mortuorio recinto algo de los fieles vigilantes que custodian y adornan. Además, el viento que llega desde la marina produce un constante rumor de adiós, adiós que oye el visitante como despedida postrera de los compañeros atentos y sumisos del poeta.

El cementerio de Puerto Saavedra, mirando la movediza franja platinada del océano, presenta un patético contraste: la vida incansable y la muerte invariable.

¡Nacer y morir! He aquí los dos verbos en eterna pugna. El hombre, los mundos sólo son completos, cuando conjuran la pareja verbal nombrada. La vida y la muerte en un punto se tocan y provocan el misterio que asusta el corazón, el frágil y perecedero corazón humano.

El lago Budi

Sentado a proa, en grata compañía, inicio la navegación del Budi. No es, por cierto, en bote de lujo. La chica chalupa hace agua; el oleaje es recio y violento. Las emociones resultan intensas. La sed de aventuras del hombre urbano se colman.

Desde mi frágil e iquieto asiento veo el paisaje cambiante y soberbio. Las islas muestran la opulencia de su forestal vegetación silvestre; los campos, la dulce sinfonía de sus verdes, porque su riqueza de matices produce rica musicalidad visual.

En el filo arisco y viril de los cerros distantes, envueltos en ese vago azul de lejanía, los robledales exponen sus grandes ganchos en busca de altura. Los árboles poseen una alma profunda, alma que en costante pugna sube, sube. El hombre debiera imitar su recto crecimiento.

La contemplación, sin embargo, no se puede sostener. El bote cruje y las olas airadas rompen su masa en arenilla humedecedora e inquietante.

El popular lago de los cisnes cantados por Winter se presenta poco cordial. No obstante, las molestias del viaje se compensan con las magníficas decoraciones naturales: islas, árboles, arbustos, rocas, playas y quilantales inmensos y sonorosos.

En el Budi viven muchas aves. El hermoso cisne —bajel de plumas blancas!— se ve ahora muy de tarde en tarde. Millares lo habitaban hasta 1910. Las gualas nadan en grandes y veloces grupos. Las pollollas, con su rápido vuelo a ras del agua, ponen una nota de movimiento inusitado. Las cayaguas de pico amarillo y de cuello azul bicolorean el ámbito lacustre. La escasa y elegante garza muestra la aristocracia grave y señorial de su porte. Y los patos, las coicomas, las gaviotas dan a las aguas adornos gráciles y graciosos. El caulli —nota blanca— tangentea la superficie líquida con grande agilidad.

Los peces —submarinos de escamas— son diversos y numerosos: lisas, robalos, lenguados, roncadores, sardinas y pejerreyes. El producto abundante de la pesca es conducido a los mercados santiaguinos y de la provincia.

El agua tibia y salina del lago tonifica. El paraje es idílico: el clima templado. El espectáculo de los campos es una permanente lección de paz, de serenidad que da el armónico orden natural a los vanos ajetreos del ser humano. Tal vez de ahí venga esa calma profunda que se enseñorea en el alma del campesino. Las pasiones, los entusiasmos, los odios son más tranquilos, más puros, menos violentos al contacto de la madre tierra. Acaso esta observación no sea verdadera; pero hay apariencias que se sienten como verdades.

A la hora crepuscular, cuando las sombras absorben en su seno enigmático las cosas, el Budi es misterioso. En esos momentos, cuando el alma del lago es sonora, cambiante, profunda y turbadora, se oye la queja de las gualas. Grito más doloroso y desolado, acaso pájaro alguno no dé en todo el contorno húmedo de la costa lacustre.

El perfil andino

Sube y baja la línea ríspida de los picachos. Se eleva hasta el blanco cojinete de las nubes, la arista voluntariosa y audaz; húndese la raya de las quebradas en las oscuras oquedades.

El inmenso, gigantesco temporal roqueño está inmóvil, imponente. Es el rostro adusto y achichonado de la tierra; es el gesto duro, inicuo, indócil de la piel terrestre.

Se extiende amplio, largo de norte a sur. En su fisonomía los colores se quiebran en cien matices suaves y dispares. La luz y la sombra luchan en sus laderas arrugadas y estériles.

Las protuberancias y los abismos se suceden, se repiten, se alargan en hierática exposición, en competencia de brío e impasibilidad.

La Cordillera es subyugadora por los elementos de fuerza contenida, de majestuoso desdén. Nada la alcanza que la mancille desde lo bajo. Es orgullosa como una divinidad pérfida; es esquiva como las mujeres soñadoras y hermosas.

En el perfil superior de sus torreones silba el viento, desgarrándose en sus flancos pétreos, y las nubes rompen el blanco y blando vellón de sus gases acuosos que coronan al solitario y magnífico y multiforme.

Los límites de la Cordillera son imprecisos. La bruma los envuelve en su cendal, dándole la vaguedad de lo lejano, de lo poético.

La montaña es enigmática. No entrega nunca sus encantos ni sus secretos. Es necesario conquistarlos, y la conquista es difícil, complicada.

Ahora, en verano, está desnuda. Muestra la cara sin su blanco cosmético de nieve; pero —ser huraño— de lejos en lejos una pincelada blanca, de nieve, luce la gracia de su albura y la coquetería de su capricho. Es la nevada rebelde que no obedece al latigazo de los rayos solares; es la amada inmóvil que espera la llegada de su novio —el invierno— con su túnica impoluta de frío y blancura.

Loco es el perfil andino. No tiene mesura, ni dirección, ni norma. Rasga con violencia la línea del horizonte e impone sus arrestos de conquista de altura.

Azul y perfil parecen darse un abrazo para contratar más en la riqueza de los contrarios. Desde aquellos puntos monteses el prólogo del día inicia su carrera.

León Felipe nos dice...

= De *El Nacional*. México, D. F., 10-XI-36 =

Hemos recibido estos hermosos fragmentos de cartas que León Felipe dirige a uno de sus más íntimos amigos, en que nos da la visión más honda y exacta de la lucha española. Quisiéramos devolver a las palabras su carácter prístino para hablar del gran poeta español que tan querido, tan fervorosamente apreciado ha sido siempre entre nosotros. Los fragmentos que publicamos nos ofrecen el paisaje íntimo, la visión precisa y llena de la más noble pasión que hayamos conocido en México desde que el pueblo español inició esta lucha por la civilización. Ha tocado a España dar de nuevo a América, al mundo todo, una lección que ya nos parece única y que tendrá repercusión más vasta que la de su vida esbelta y hermosa de los mejores años del Renacimiento.

La palabra de León Felipe no ha menester comentario alguno. Su sinceridad y la maravillosa emoción que encierra, nos la tornan luminosa. Aquí tenemos, hablando por boca de uno de sus más nobles y más grandes poetas, al admirable pueblo español que está viviendo y está muriendo por nuestro destino. Los que tenemos la fortuna, el privilegio de conocer a León Felipe, sabemos lo que vale su palabra. Los que no han tenido esta ventura, sentirán, con la emoción auténtica del poeta, la verdad que encierra su voz.

León Felipe nos hace diáfano el problema central del hombre. Su adhesión —como la de André Gide a la causa de la Izquierda— es valiosísima por la sinceridad, por la reflexión previa que encierra el reconocimiento de que el movimiento revolucionario mundial representa, en estos momentos, la única causa digna a la cual dedicar la vida. Luis Cardoza y Aragón decía recientemente en un escrito dedicado a León Felipe, que pocas veces el hombre todo, el mundo, las cosas del mundo, se han ofrecido de manera tan clara, tan bien delineada en sus contornos morales. La poesía, cima de la verdad, vive una de sus grandes épocas. El momento nuestro es tan alto que la poesía aun no ha podido empezar a recoger esta alta marea. León Felipe ha conseguido lo que tan apasionadamente han perseguido los mejores poetas de la época: conciliar la acción y el sueño. Ha conseguido que ya no exista divorcio alguno entre el sueño y la acción. La vida de León Felipe, sus hechos, todo lo que pasa por su corazón o su cerebro, lleva el recuerdo vivo de su noble presencia.

He aquí los fragmentos de estas cartas. En ellos encontramos, de cuerpo entero y presente, el dolor de España, el amor de España y la verdad de la España revolucionaria.

De las cartas de León Felipe

Alta mar, 29 de septiembre de 1936.

....Estoy sin ninguna noticia desde que embarqué. La telegrafía de a bordo es muy deficiente y yo no me entiendo con nadie. El barco es francés y los pasajeros son americanos turistas insoportables. Estoy viajando con turistas desde hace un siglo; con turistas que creen que el mundo debe organizarse para su gusto y su asombro. ¡Cuándo desaparecerá este bicho del mundo!

....Al salir del trópico, mis nervios estallaron. Me hicieron hablar demasiado y en condiciones desagradables. Creen que soy un orador de mitin y un demagogo. Yo no soy más que un poeta lleno de angustias....

....De París me iré a Barcelona. Quiero ver la situación de Cataluña. De allí me iré a Madrid. No sé cómo, pero me iré. Mi sitio está en Madrid ahora.... Este temblor de España será tal vez la única ganancia y la única conquista por ahora. Acaso con esta prueba aparezca un español nuevo. Yo voy a meterme en la gran masa que tiene entre sus manos el destino. Yo también necesito una prueba y una purificación. Sin embargo, creo que me faltan odios.

...Pero la Iglesia y el clero no tienen perdón. Y ellos ganarán otra vez, pero no ganarán siempre. El mundo necesita otra iglesia con tradición y con fe, y tiene que írsele haciendo lentamente para oponerla frente al vaticano, si el vaticano no quiere ver que la actitud socialista religiosa e inteligente no es más que una continuación y una interpretación del Evangelio... Tal vez mañana, cuando lleguemos, sepa algo agradable y el sol sea distinto y mi espíritu alegre...

Madrid, 20 de octubre de 1936.

....Llegué a Madrid hace una semana. Estuve en Barcelona tres días. Mi carta anterior era algo confusa y angustiada porque la tripulación del barco donde vine era toda fascista y recibían unas noticias monstruosas y calumniosas. Aquí, en España, (en Madrid singularmente), la cosa está difícil, pero no deseseperada. De este lado, aunque digan lo que quieran, está la justicia y los derechos del hombre y dentro de las violencias de la guerra, la *humanidad* y la templanza. La crueldad es fascista.

...Vivo con Neruda, en el Consulado de Chile, pero la mayor parte del día y muchas noches las paso en la Alianza de escritores y poetas antifascistas. Allí estamos los literatos y poetas que no huyen... Hoy mismo, como te digo, la cosa es seria. Ayer estuve en los frentes. Y se aproxima una batalla de vida o muerte en que nadie podrá evadirse...

....El Gobierno de Panamá.... no aceptó mi nombramiento de Ministro y se incautó del cablegrama donde Alvarez del Vayo me lo comunicaba. Al llegar aquí todos se sorprendieron, pero he hecho muy bien en venir y yo estoy contento, aunque suceda lo peor... Estoy contento como nunca, porque estoy donde debía estar y defendiendo la justicia del hombre. Lo que he cantado en mis versos no lo han de contradecir mis hechos. No hagas caso de lo que leas, y grita siempre y defiende al pueblo de España que está aquí, a este lado, donde yo estoy, en contra de la iglesia, del rico, del militar, del orden viejo y sin sentido, de la brutalidad y la rapiña.

...Vencerá el hombre a costa de la sangre mejor de España, pero vencerá. Inglaterra y Francia pondrán su mano en la pelea cuando todo se lo demos hecho, como siempre, y cuando las cosas estén ya claras y ellos vean la víctima segura y sin comprometerse. Pero este es nuestro destino: dar la primera lanzada a los monstruos para que después los otros los rematen....

De S. Pérez Triana como orador

Defendió con calor, con elocuencia magna, los derechos de las pequeñas naciones, clamó contra los atropellos, increpó a los poderosos su hipocresía o su miedo, y luchó, luchó sin tregua, porque las Repúblicas de la América Hispana formaran un poderoso haz, imposible de ser roto ni aun por una conjuración de fuerzas. A esa labor, de simpatía, de acercamiento, de fraternidad, dedicó, además, su muy circulada revista *Hispania*, desde el 1º de enero de 1912, día en que apareció, hasta el 24 de mayo de 1916, día de su muerte.

(L. E. Nieto Caballero: Introducción a las *Reminiscencias tudescas*. Bogotá. 1936).

Pablo de La Torriente Brau

Por RAUL ROA

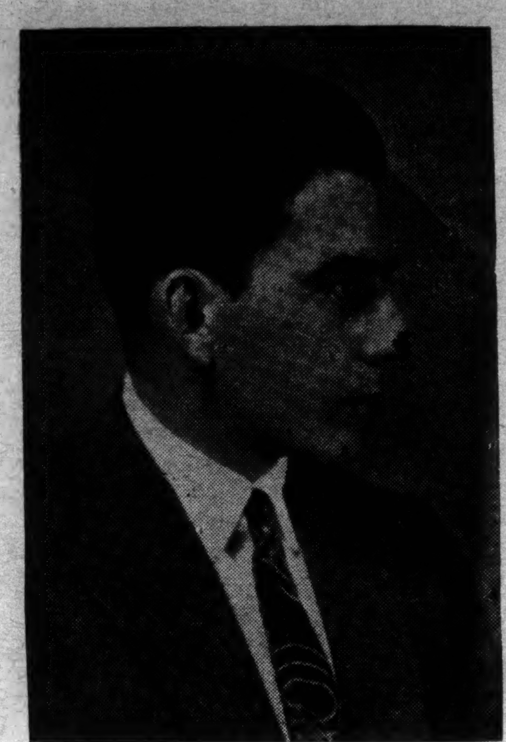
= Envío del autor. La Habana, diciembre 26 de 1936 =

Cuando la victoria final apunta rotundamente para las fuerzas nuevas de España, ha caído, destrozado por la metralla fascista, en Pozuelo de Alarcón, Pablo de la Torriente Brau, una de las figuras más representativas y excelsas de la juventud revolucionaria cubana. Escritor de garra inconfundible, de largo y poderoso aliento, protagonista destacado en la lucha contra el machadato, bregador irreductible por la Cuba mejor dentro de un mundo nuevamente amanecido, hombre de transparencias musitadas, ha caído, como había soñado en su vigilia febril, haciendo buena su prédica, peleando activamente por la liberación de los hombres. No se aprende a leer en vano en *La Edad de Oro* de José Martí.

Duro, durísimo resulta aceptar para mí—se resiste la mano trémula a constatarlo—la indubitable certidumbre del trágico suceso. Amigo fraternal suyo, compañero en la cárcel, en el exilio y en mil jornadas inolvidables, no me avengo, no puedo avenirme, a pesar del explícito laconismo del cable, a saberlo muerto. Muerto, sin voz y sin vida, a quien, por su desbordada y exultante euforia vital, no puede concebirse sino viviendo. A quien, no obstante tener el ancho corazón paralizado y ya inerte la musculatura olímpica, los ojos sin luz y la sonrisa vacía, vive, tiene que seguir viviendo, tiene que seguir luchando.

Hace ahora justamente un año que nos despedimos con un confiado y alegre "hasta luego" en la estación de Pensylvania, en New York. Conservo nítidamente el recuerdo. Era diciembre. Había un frío afilado. La atmósfera húmeda, neblinosa, gris. Se percibía ya la inminencia de la primera nevada. Mi esposa y yo partíamos hacia Filadelfía, donde nos reuniríamos con Gustavo Aldereguía para continuar rumbo al sur. Allí estaban Teté Casuso y Gladys López, Alberto y Daniel Saumell, Hugo López, Pedrito Jiménez, Rodolfo de Armas, Juan P. Bosch y Carlos Martínez. Había, indudablemente, tristeza visible en los circunstantes. Nuestro grupo se escindía una vez más. Y una nueva encrucijada se abría enigmática ante él, ante nosotros. Pero Pablo de la Torriente Brau, sin abrigo a pesar del tiempo inclemente—sin abrigo porque carecía de él—era un pedazo vivo de sol, una afirmación de esperanza y de vida en el dolor contenido de la despedida. No sospechábamos que aquél sería nuestro último abrazo. Más insospechable aún verme ahora en el trance indecible de evocarlo ya muerto.

No tengo palabras con qué traducir mi angustia al recibir la noticia. La supe—supe de su muerte gloriosa y terrible—junto con Roberto Agramonte y Juan Antonio Rubio Padilla, por Aureliano Sánchez Arango en el periódico *El Mundo*. De allí, metidos, sombríamente en nosotros mismos,—cinematográfico desfile de empañados recuerdos—entrañablemente estremecidos, fuimos a casa de José Z. Tallet a buscar a Teté Casuso, su esposa, ajena a la tragedia, ciegamente fiada, como en los cuentos azules, en la buena estrella de Pablo. Aún se resiste a creer lo que ya todos nos vemos, inexorablemente, compelidos a aceptar. Para Teté Casuso, Pablo no ha muerto. Ni puede morir. En carta reciente, fechada en Alcalá de Henares, él le reiteraba una vez más, con contagioso optimismo, que saldría intacto, plenamente intacto, de la pugna tremenda. "Estos ojos míos no pueden cerrarse sin que yo antes cuente las cosas maravillosas y espantables que vieron", decía. "De mí—continuaba—no te preocupes. Sigo siendo el hombre afortunado. Y ahora, en estos días difíciles de Madrid, también he tenido suerte. El pasado no debe asustar. Ni el porvenir tampoco. Estoy seguro, absolutamente seguro, de que saldré indemne de aquí. Es necesario que yo salga indemne de aquí. Tú sabes que yo todo lo pienso y lo hago con la vista y el pensamiento puesto en Cuba".



Pablo de la Torriente Brau

Empenachado de júbilo, como Sandokan en su debil parao al abandonar el peñasco de Mómpracen en busca del leopardo inglés, partió de New York al encuentro del peligro Pablo de la Torriente Brau. "Aunque los periódicos anuncien mi muerte, no lo creas". Con estas palabras se despidió de Teté Casuso. Y leal a ellas, conmovedoramente leal a ellas, Teté Casuso, su esposa, que él conoció y amó desde niña con amor exclusivo, no lo cree. Teté Casuso está convencida de que Pablo vive, de que Pablo alienta, de que Pablo, herido, empuña aún el fusil revolucionario. Y por eso habla de él en presente, en función de vida, dando a los que están junto a ella la impresión sobrecogedora de que aun cuando llegara a admitir racionalmente la muerte de Pablo seguiría esperando su vuelta, la vuelta primaveral del héroe victorioso y contento, condecorado de cicatrices gloriosas, millonario de anécdotas inverosímiles.

Pablo de la Torriente Brau—abanderado de la revolución cubana fué a España porque tenía que ir. Impedírselo, convencerlo de lo contrario, era, fué tarea inútil. En sus largas horas de insomnio, en los huecos relampagueantes del trabajo brutal, se veía ya confundido en el frente con el pueblo armado, entre milicianos sin miedo, uno más entre ellos, soldado de la libertad española, que es ser soldado de la libertad del mundo. Su obsesión era tal que apenas si dormía y casi ni se alimentaba. Sus ahorros precarios—trabajaba quince horas diarias en un restaurant de lujo— los guardaba con generoso celo avaro. No tenía otra aspiración ni más pensamiento que allegar fondos para pagarse el pasaje. La fiebre de la revolución española se había posesionado de él, absorbiendo toda su capacidad de servicio, sus energías inagotables y su sentido heroico de la vida. Sus cartas evidencian su resolución inquebrantable. Ramiro Valdés Daussá y yo intentamos entonces, egoístamente,—temerosos de su destino—sofrenar aquella pasión volcánica, aquel deseo torrentoso de ofrendar la vida, por amarla mucho, a la causa de la justicia, que si lo llevaba derechamente, al país glorioso donde vive hoy el mundo su momento crucial, lo arrancaba acaso para siempre de nosotros. He aquí su respuesta admirable: "Es inútil. He decidido irme y me iré. Yo no hago ahora falta en Cuba. Voy a España precisamente para darle a Cuba toda mi existencia. Creo que, si por cualquier razón, me fracasara el viaje me tiraría en un rincón a morir solitario, a morir de dolor y de rabia". Pudo, al fin, tras múltiples y denodados esfuerzos, zarpar rumbo a Europa. Teté Casuso cuenta cómo aquel día memorable — no obstante el aullido agorero de un perro vecino durante la noche—todo él irradiaba fe, alegría, luz.

Fué a España, pero primero estuvo en Bruselas en el Congreso mundial de la Paz. Brujas, la muerta,— quietud holgazana y fragante, conjunción temblorosa de todas las delicadezas crepusculares, que inmortalizó Rodembach en sus versos—sintió que un soplo de alegría primigenia la sacudió hasta la entraña a su paso por ella. De Brujas—cuyo recuerdo se le fijó en la retina con huella indeleble—fué a Barcelona, vía Francia. De la ciudad condal—todavía palpitante de las horas épicas del 18 de julio—a Madrid, la villa heroica del 8 de mayo de 1808, la urbe simbólica en esta hora decisiva para los destinos humanos. Como iba en funciones de corresponsal de guerra para varias revistas y periódicos norteamericanos y latinos se puso inmediatamente a la obra.

Su primera gestión periodística fué en el invencible y castigado frente de Guadarrama. Allí, y en plena lucha homérica, lucha impar en la historia contemporánea, conoció al general Julio Mangada, y allí también tuvo su bautismo de fuego, que él ha narrado en crónica escalofriante por lo vívida.

Vinieron entonces los días oscuros, difíciles y torturantes de la caída de Toledo, del retroceso paulatino y estremecedor hacia Madrid. Las hordas sombrías y vandálicas de Franco, equipadas y nutridas por Alemania, Portugal e Italia, en incontenible ofensiva, irrumpieron una mañana, sedientas de sangre genuinamente española, al otro lado del Manzanares, frente a la ciudad misma. El alto mando fascista anunció esa propia noche por radio que dos días después sus soldados—falangistas ex-convictos y moros—cenarían en la Puerta del Sol. El "no pasarán" miliciano pareció ceder ante el "pasaremos de todas maneras" rebelde.

En esa coyuntura dramática, cuando la caída irremisible y fulminante de Madrid se pregonaba de confín a confín y hasta se festejaba anticipadamente con jerez añejo por Queipo del Llano, Pablo de la Torriente Brau se presentó en el Ministerio de la Guerra. Cien

(Sigue en la página 62)

España heroica y Pablo Neruda

Por NORBERTO PINILLA

= *Envío del autor*. Santiago de Chile, enero de 1937 =

Pablo Neruda ha sido dura e injustamente censurado por cierta prensa chilena. Amigos de Neruda y míos me pidieron que interviniera defendiendo al poeta. No acepté. Discutir con algunos sujetos, es perder lamentablemente el tiempo. Hay gente impermeable a las modalidades poéticas de la actualidad.

Pero en los varios ataques a Neruda, no sólo se refirieron a su aspecto lírico. Se le censuró su simpatía por el Gobierno Español de Valencia, es decir, por el único que representa al auténtico pueblo ibero.

El adjetivo "comunista" fué aplicado, como baldón, al poeta en repetidas ocasiones. Sin embargo, el abuso en el uso del término "comunista", ha hecho que pierda toda su terrorificante eficacia. Hoy sólo los tontos se asustan de tal palabra y tal doctrina.

Por otra parte, para todo menguado de vientre satisfecho y voluminoso, es comunista quien tiene dignidad ciudadana o se revela contra las innumerables injusticias de la sociedad.

Neruda, pues, fué señalado como "comunista" y simpatizante de los leales españoles. Para mí, es la única postura digna de los hombres libres.



Pablo Neruda

El Canto a las madres de los milicianos muertos *de Neruda, además de la nobleza del tema, es un poema que revela un nuevo aspecto de lirismo del gran poeta chileno. En efecto, el tono de elegía civil, se siente crujir, en cada bloque poético, con adecuada fuerza vital y estética.*

Y, por último, puesto que es honrado fijar posiciones, yo también estoy con el Gobierno de Valencia, sin ser comunista. Estoy: 1º—porque es el Gobierno elegido por el pueblo; 2º—porque soy partidario de la Democracia y enemigo de toda dictadura, en especial de la fascista y de la nacista; 3º—porque soy humilde y estoy con los humildes, y 4º—porque soy antimilitarista.

Cuando los gobiernos tengan ministerios de paz, en lugar de ministerios de guerra, sólo entonces se trabajará positivamente en favor de la armonía de los pueblos. Es decir, el problema es "hacer patria", no destruir patrias ajenas y respetables.

Canto a las madres de los milicianos muertos

Por PABLO NERUDA

= Envío de *Norberto Pinilla*. Santiago de Chile, enero de 1937 =

¡No han muerto! Están en medio
de la pólvora,
de pie, como mechas ardiendo!

Sus sombras puras se han unido
en la pradera de color de cobre
como una cortina de viento blindado,
como una barrera de color de furia,
como el mismo invisible pecho del cielo.

¡Madres! ¡Ellos están de pie en el trigo,
altos como el profundo mediodía,
dominando las grandes llanuras!

Son una campanada de voz negra
que a través de los cuerpos de acero asesinado
repican la victoria.
¡Hermanas como el polvo
caído, corazones
quebrantados,
tened fe en vuestros muertos!
No sólo son raíces
bajo las piedras teñidas de sangre,
no sólo sus pobres huesos derribados
definitivamente trabajan en la tierra,
sino que aún sus bocas muerden pólvora seca
y atacan como océanos de hierro, y aún
sus puños levantados contradicen la muerte.

Porque de tantos cuerpos una vida invencible
se levanta. ¡Madres, banderas, hijos!
Un solo cuerpo vivo como la vida:
un rostro de ojos rotos vigila las tinieblas
con una espada hinchada de esperanzas terrestres!

Dejad
vuestros mantos de luto, juntad todas
vuestras lágrimas hasta hacerlas metales:
que allí golpeamos de día y de noche,
allí pateamos de día y de noche,
allí escupimos de día y de noche
hasta que caigan las puertas del odio!

Yo no me olvido de vuestras desgracias, conozco
vuestros hijos,
y si estoy orgulloso de sus muertes
estoy también orgulloso de sus vidas.
Sus risas
relampagueaban en los sordos talleres,
sus pasos en el Metro
sonaban a mi lado cada día, y junto
a las naranjas de Levante, a las redes del Sur, junto
a la tinta de las imprentas, sobre el cemento de las arquitecturas,
he visto llamear sus corazones de fuego y energías.

Y como en vuestros corazones, madres,
hay en mi corazón tanto luto y tanta muerte
que parece una selva
mojada por la sangre que mató sus sonrisas,
y entran en él las rabiosas nieblas del desvelo
con la desgarradora soledad de los días.

Pero
más que la maldición a las hienas sedientas, al estertor
bestial
que aulla desde el Africa sus patentes inmundas,
más que la cólera, más que el desprecio, más que el llanto,
madres atravesadas por la angustia y la muerte,
mirad el corazón del noble día que nace,
y sabed que vuestros muertos sonríen desde la tierra
levantando los puños sobre el trigo.

Romance del Romancero Gitano

= *Envío de la autora.* San Salvador, El Salvador, enero de 1937 =

"Madre, cuando yo me muera
que lo sepan los señores.
Por telegramas azules
que vayan del Sur al Norte."
Federico García Lorca

Fué en su Granada de siglos,
erguida en múltiples torres,
y cantada en voces altas
de cristales y de bronces.
Fué en el campo silencioso
que se abraza con el monte,
y entra en la ciudad morisca
con un delantal de flores.
Fué cuando el día naciente
suelta rojos pabellones,
y los últimos luceros
fingen lejanos faroles.
En hora larga de angustia,
oyendo los ecos dobles
que trenzaban en el viento
gemidos de corazones.

Entre saña de fusiles,
mirando hacia el horizonte,
iba, valiente y sereno,
sin doblar el cuerpo joven.

Vencedor siendo vencido,
modernísimo San Jorge,
estatua de gallardía,
arcángel de alas veloces
que en el azul presintiera
camino de resplandores.

Una descarga cerrada
arrojó, de un solo golpe,
lluvia de plomo en la entraña
donde la vida s'esconde.
Y la muerte, compañera,
en su regazo le acoge,
y venda la herida oscura
con vendas que no se rompen.

Quiso el vergel ofrecerle
suave almohadilla de olores,
pero revuelo de balas
quebraba tallos temblones,
y no habían clavellinas,
ni nardos, ni girasoles.
Labios gitanos gritaban
lamento de unidas voces,
y escribían en el suelo,
con sangre tibia su nombre.

A *Eulalia Solá*

Preciosa rompió en el aire
su pandero de colores,
y su sollozo de niña
no lograba ser conforme.
Llegó Soledad Montoya,
por senderos que conoce,
trayendo su Pena Negra
y un recado de los pobres.
La Casada Infiel, espiaba,
desde remotos balcones,
con la espantada pupila
llena de vivos rencores.
Y una golondrina errante
lloró lágrima salobre,
y contó la historia horrible
por el Sur y por el Norte.

Duerme el poeta en el sueño
que vuelve a los hombres dioses.
Sobre su carne gitana
ya revientan frescos brotes.
Queda su gracia y su fuerza,
en estas horas de noche,
germinando en la oscurana
como semilla de soles.

Claudia Lars

Una mañana no volvió más

= *Envío de la autora.* Costa Rica y diciembre de 1936 =

Dichosa sí, por joven, por hermosa y por sencilla, nada ambicionaba su humildad de campesina limpia. Llegó el amor y le trajo más ventura; la campanita de su risa fresca sonaba sin cesar como tiras de cristal golpeadas por el viento. De tierras adentro vino un hombre apuesto y se enamoró de la reina del pueblo, la niña galana, ojos más lindos él nunca los viera. El antiguo novio cedió su lugar, se encontró tan simple al lado del otro, y hubo matrimonio al gusto de todos. La feliz pareja mostraba su dicha como una maceta florida puesta en la ventana.

Cuando nació el primer hijo, todo fueron fiestas, la vida es tan bella, hay tanta alegría en el hogar cuando se condensa en un niño el amor. Después eran tres hermanitos que apagaron con sus llantos la vivacidad de la muchacha, ahora siempre preocupada con las obligaciones de la casa. Cada vez llegaba más tarde el marido, la gracia de otras mozas, la cantina... todo tenía más interés que el hogar; allí estaban los chiquillos pidiendo y la mujer acongojada, qué molesto resultaba aquello. Sus ambiciones eran muy otras, nunca pensó convertirse en un pobre diablo cargado de familia, y al paso que iban, nada se podía prometer. Una mañana salió como de costumbre y no volvió más. Poco tiempo lloró la pobre abandonada, tenía que buscar la comida de sus hijos y acudió a las autoridades solicitando una pensión alimenticia.

Desde que el cruel y egoísta abandonó a los que antes llamara sus seres queridos para vivir una existencia fácil y halagüeña, se despojó de todo sentimiento elevado. Ahora que alguien se atrevía a perturbar su tranquilidad, se aprestó a defenderse a como hubiera lugar. No podía alegar enfermedad, gozaba de la mejor salud, tenía entradas suficientes para ayudar a sus infelices hijitos. Ah, pero entonces sería un esclavo, dominado por esa mujer y esas criaturas, que acabarían por devorarlo. El mayorcito, qué inteligente era, pero aquellas dos niñas, encantadoras para los demás, eran para su padre antipáticas, repulsivas. Si reclamara al muchacho y desconociera a las hijas! Ya estaba dado el primer paso, lo otro carecía de importancia, y se dió a la tarea de buscar testigos falsos para deshacerse de esas sanguijuelas; en su imaginación enferma se levantaban como monstruos horribles, las dos muñecas trigueñas hijas de la más bella mujer que él conociera. Mucho trabajo le costó reclutar los malvados que mediante un perjurio hundirían para siempre a una mujer virtuosa y relevarían a un miserable de sagradas obligaciones.

No existe el pecado, lo que pierde al mundo es la ignorancia—dijeron los filósofos—Por eso cuando la atribulada, compartiendo esperanzas y temores, se llegó a la agencia, murió a los veintidós años y sepultó ella misma sus despojos, a medida que escuchaba la lectura del pliego maldito presentado por el hombre al que un día, feliz y confiada entregara su destino. Tuvo calma para oír hasta el fin, supo cómo se pretendía quitarle al primogénito, sintió un frío intenso como si las paredes del cuarto fueran de hielo, después le entró fiebre y sus ojos despedían luces extrañas. ¡Despreciar a las chiquitas, decir que no eran de él! Y eso lo aseguraban otros además de su marido. ¿Si estaría soñando? Pero nó, allí estaba su hijo junto a la abuela y frente a ella ese hombre inexpresivo que leía la resolución. Sí le extrañaba la temperatura, ¿hacía mucho frío, había un calor sofocante? No podía precisarlo, su pañuelo estaba mojado de tanto ir a su frente sudorosa, sus ojos y sus labios eran ascuas y estaba temerosa de que un incendio arrasara con todo.

Llegó el silencio, y la abuela no lo dejó pasar, se desató en exclamaciones, dijo y dijo, hasta que le faltó la voz.

—Ud. puede defenderse señora, busque sus testigos y preséntese de nuevo—explicó el funcionario. Así lo hicieron, pero el pícaro trashumante sabía más que la humilde campesina, y ella se consideró muy dichosa cuando la ley justa y protectora le permitió conservar y alimentar a los tres hijos de su alma.

Alicia Castro Argüello.

Sin libertad no hay existencia moral

No olvidemos nunca que la gloria de la naturaleza humana es su libertad, sin ella no hay ninguna existencia moral; pero nadie sabe darle un valor más sincero, que aquellos que han sufrido perseguimientos, humillaciones, prisiones, y otras experiencias, que dejan huellas para toda una vida, en épocas de dictaduras, de barbarie y de desprecio.

América, desde hace muchos años, ve malogrado su destino por fuerzas de violencia y ultraje, en un espectáculo continuo de tiranuelos que llenan de desgarramientos a la humanidad que organiza una cultura y crea una raza en el continente de Bolívar.

(Juan M. Filartigas, *Arandú*. Montevideo, 1936.)

Correspondencia

(Carta—fragmento,—del Cuzco, Perú, al edit. del *Rep. Am.*)

El *Repertorio* es la única revista mediante la cual estamos al tanto de la tragedia por que pasa España, pues los periódicos de ésta no publican sino noticias telegráficas, pues otra clase de artículos e informaciones están prohibidos. *Repertorio* con el claro timbre de su tradición se ha puesto a favor de la República y contra la revolución fascista. Ni podía ser de otra manera. Nos enorgullece que en sus páginas tremole bien alto la bandera de los milicianos heroicos que están defendiendo a España, palmo a palmo, contra los cavernícolas amamantados con la leche de Hitler y Mussolini. Este es mi deseo como escritor y como hombre.

Luis Velazco Aragón

La Galatea y sus antecedentes italianos, portugueses y españoles

Por MARIO SANCHO

= *Envío del autor*. Cartago, Costa Rica. Dicbre. 22 de 1936 =

(y 2. Véase la entrega pasado)



La *Galatea*, tal es el nombre clásico, eufónico y sugerente de las primicias literarias de Cervantes. El libro salió a luz en 1585, breve tiempo después de haber vuelto a Madrid el genial andariego, de haber recaudado sus antiguas amistades, hecho algunas nuevas y unido su suerte a la de una señora de Esquivias, Doña Catalina de Salazar y Palacios. Puede decirse pues que la *Galatea* es obra de la segunda juventud de Don Miguel y de un período relativamente feliz en su accidentada y trashumante existencia. Por mucho que ella parezca en nuestros días a los lectores un libro de mera ejercitación literaria, hasta el punto de que aún un cervantista del renombre de Navarro Ledesma así la haya conceptuado (3), la composición de esa obra ha de haber brindado a su autor auténtico placer, aunque a nosotros nos cueste creerlo por el poco gusto que a la distancia de más de tres siglos sacamos de su lectura. No es creíble por lo tanto que Cervantes se decidiera a escribirla únicamente porque la novela bucólica estuviese a la moda, y menos porque, como insinúa Bruno Frank en su novelesca biografía *A Man Called Cervantes*, el editor Blas de Robles se lo hubiera aconsejado. Fuera de que tal consejo de parte del librero que sacó a la luz la *Galatea* en Alcalá de Henares no compagina muy bien con los miserables mil trescientos treinta y seis reales con que compró el privilegio de publicación, y fuera de que en aquellos tiempos los literatos cifraban su fortuna, más que en el favor del público, en el amparo del señor a quien dedicaban los frutos de su ingenio, no se explica que un escritor de raza se iniciara en las letras con un libro hecho sin otra idea que la de seguir la corriente popular.

No hay duda de que Cervantes se sentía atraído por esta clase de novelas y puso en la suya la complacencia artística que es requisito indispensable de toda creación. (4) El género bucólico con su combinación de prosa y verso era una de sus debilidades, así como la que profesaba por los libros de caballerías. Estos cuadros pastoriles que servían de marco no sólo a ingenuos enamoramientos sino también a eruditas disquisiciones sobre el amor, y cuyos modelos había él estudiado en los grandes maestros italianos, (5) ofrecían a su espíritu la oportunidad de una evasión de las ingratas realidades de la vida, una escapada al mundo de los sueños y las imaginaciones placenteras. (6)

Nosotros estamos pues seguros de que Cervantes hubo de sentir gran interés y contento en estas cosas, al contrario de lo que cree Frank quien nos lo pinta realizando a disgusto un trabajo ajustado de antemano con el editor y por el cual ya había recibido un pequeño adelanto. Oigamos si no lo que dice el fantasioso historiador wurtemburgués: "En este irreal y perfumado mundo, en esta ficticia Arcadia no se agitaba un soplo de aire. Estas ninfas discretamente lujuriosas con su lazo y su chalina, estos arrulladores pastorcillos, no eran sino una lánguida rutina. Mientras Cervantes les confeccionaba sus encantos empalagosos y les ordenaba en parejas y les hacía hablar exquisitos diálogos, no sentía enardecida su sangre con lo que iba escribiendo. Este precioso trinar y gorjear, esta pedantesca retórica nada tenía que ver con la pasión que siente el corazón de un hombre. Escribía por seguir la moda. Y hubiera preferido hacer zapatos, de haber sabido hacerlos."

La apreciación, aunque dura, es cierta en lo que al libro se refiere, y lejos de ponerle reparos, nosotros nos sentimos tentados a reforzarla con la del maligno De Lollis, el cual nos da una todavía más divertida pintura de los pastores cervantinos: "P-stores y pastoras que cuidan, mejor dicho, no cuidan del rebaño mientras discuten más que apasionadamente, sapientemente, de amor. Del propio amor y del amor de los otros, más bien de éste que de aquél, porque el amor aquí es una ciencia que se deja teorizar a la luz de la filosofía platónica hecha de propósito para un mundo tan desprovisto de realidades cotidianas".

Pero si la crítica de Frank acierta en ver lo que De Lollis y todo lector moderno nota de falso en la Galatea cervantesca, yerra de plano en cuanto a los sentimientos de su autor al tiempo de escribirla y después en cuantas ocasiones pensó en ella, sentimientos evidentemente de placer. De placer y de orgullo a la vez, si recordamos la alusión que hizo de su libro en el Viaje del Parnaso:

Yo corté con mi ingenio aquel vestido
con que al mundo la hermosa Galatea
salió para librarse del olvido

Claro, a nosotros, hombres del siglo XX, se nos hace difícil entender esto, y es natural que las descripciones, amoríos, cantos y discursos de la novela bucólica nos parezcan otras tantas insulceses. Sentimos que a sus personajes les falta diferenciación psíquica, que todos están cortados por la misma tijera, hablan, lloran y suspiran del mismo modo y se mueven en un medio ayuno de verdadero ambiente. Son, en una palabra, como dice De Lollis: *vere tabulae rasae sulle quali é scrita un'unica parola: amore!* En cambio a Cervantes, hombre del siglo XVI, estas pastorelas y pipitañas le volvían loco. Lo que hay es que

(*Sigue en la página* 61)

---

(3)—Aquéllas son sus *mocedades*, aquéllos son sus ensayos, poco más que un ejercicio retórico de escuela para hacerse la mano, pero él está destinado a mayores empresas y en breve las dará a conocer.
Francisco Navarro y Ledesma—*El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.*

(4)—Pero además de someterse a la corriente de los grandes prosistas de aquel tiempo, Cervantes, al escribir la *Galatea*, seguía un natural impulso de su corazón: aquel ferviente amor por la poesía y el ensueño que, juntamente con las dotes de observador exacto de la realidad, le acompañó hasta los postreros días de su existencia.
Historia de la Literatura Española por M. Romera-Navarro.

(5)—Ricalcarono altresi, in questo o quell'episodio, il romanzo sannazariano: il portoghese Jorge de Montemayor, nella famosa *Diana* (1558 o '59): e, a tacere d'infiniti minori il Cervantes, nella giovanile *Galatea* (1584), dove egli pure a volte ne tradusse senza scrupolo interi brani. Ecco, ad esempio, fin dalle prime pagine, il cominciamento della patetica canzone di Lisandro: *O alma venturosa/ que del humano velo/libre al alta región viva volaste....che riesciolta/nuda salisti nei superni chiostri...*
Michele Scherillo—*Le Origini e lo Svolgimento della Letteratura Italiana*—Il Rinascimento.

(6)—La nostalgia de una vida más bella, que determina el vuelo permanente de la fantasía hacia regiones distantes de la hora actual, adquiere cuando se polariza en el tema bucólico contenidos de muy diversa filiación ideológica. Implica, en primer término, un escape de la realidad, de cuya ingratitud el hombre quiere librarse. Un hondo descontento del presente que vive, la incertidumbre respecto al porvenir, el desconcierto social que advierte en torno suyo, caracteres inherentes a toda época en crisis de transformación, cual ocurre al operarse el tránsito de la Edad Media al Renacimiento, con la singularidad de que tal estado de espíritu persiste a través de este último, todo ello explica la predilección acordada al género bucólico, ya justificada además por el derrumbe del ideal caballeresco.

De aquí deriva naturalmente el carácter convencional del género pastoril, es decir, su alejamiento de la realidad, las deformaciones que introduce en la vida misma de los pastores, haciéndoles actuar en un plano y con un lenguaje impropio de su condición rústica. Porque lo esencial no es pintar ese mundo a cierta distancia del espectador civilizado, sino convertirle en personaje actuante: se toma el ropaje, el marco, el ritmo de esa vida, pero han de vivirla, aunque en sueños, hombres traídos de la ciudad; de tal modo que se intenta una fusión artística de una y otra existencia, y forzosamente quedan al descubierto los empalmes en la imposibilidad de encontrar coincidencias exactas.

Por ello Menéndez y Pelayo llegó al extremo de considerar las obras idílicas, en su conjunto, como algo desprovisto de toda justificación histórica, simple injerto originado en "la intención artística y deliberada de producir un cierto tipo de belleza antigua, vista y admirada en los poetas griegos y latinos."

Semejante afirmación, puesta en boca del gran crítico, puede explicarse como juicio emanado de la consideración directa de las obras pastoriles, pero en manera alguna responde al análisis penetrante del momento que les dió vida. Porque lo esencial precisamente es el artificio, la mentira que salta a la vista en toda esa literatura: su justificación arranca en último término de la necesidad imperiosa de escapar a la realidad circundante, y ese escape permite elevarse, huyendo de los hechos amargos, a los dominios exaltados de la fantasía.
Baltasar Isaza y Calderón—*El Retorno a la Naturaleza.*

Ecos de la Selva Parda: la sangrienta farsa del Nacional - Socialismo

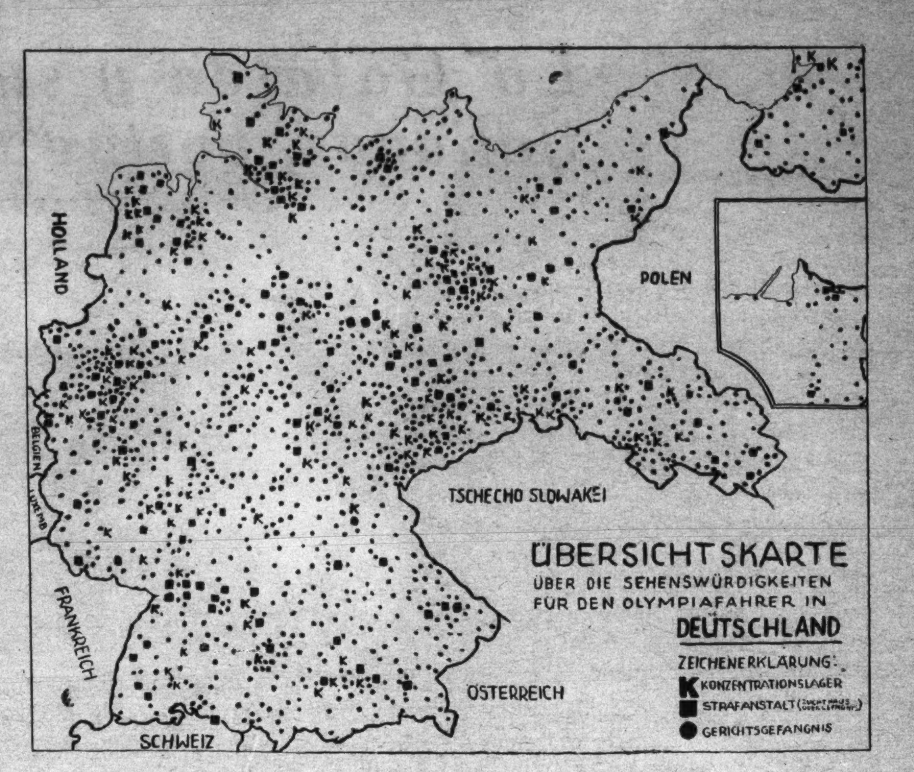
Un documento revelador de la dramática situación del pueblo alemán

= De *Frente a Frente*. México, D. F. Noviembre de 1936 =

Los movimientos en contra del hitlerismo dentro de Alemania no han callado, a pesar de todas las dificultades y opresiones horribles. Todavía viven miles y miles de hombres conscientes que luchan secretamente en las grandes ciudades y en los vastos campos del país preparando el terreno para el día de la libertad.

Un participante mexicano de la Olimpiada en Berlín nos ha entregado este mapa, el cual se distribuyó en grandes cantidades entre deportistas y especialmente entre viajeros de la Olimpiada. Naturalmente en forma secreta y cuidadosa. En los trenes internacionales, en las estaciones fuera y dentro de la gran cárcel que se llama Alemania, en hoteles, camiones y en las calles.

El mapa enseña que aquel gran país, el cual antes producía hombres como Goethe, Kant, Beethoven, Nietszche, Marx, Engels, Eisntein, etc., hoy es únicamente un campo de concentración. El texto dice: Mapa de sight seeing para el viajero a la Olimpiada en Alemania. *Las letras K distinguen los campos de concentración, los cuadros negros son las prisiones grandes y los círculos, las prisiones pequeñas.*



Este papel habla por sí mismo. El viajero que quiere entender, comprende todo lo necesario. El lee el mapa que, especialmente en las regiones industriales, en Berlín, en Sajonia, en la Rhenania, en la región del Ruhr, alrededor de Hamburgo, en aquellos lugares en los cuales existen centros de obreros, se acumulan las prisiones, las cárceles y los terribles campos de concentración.

Si Hitler proclama —y con él todos sus sátrapas— que más de un noventa por ciento del pueblo alemán se siente hoy unificado al Nacional-Socialismo, este documento indudablemente descubre la verdad.

La trayectoria de la aristocracia

Por LORENZO VIVES

= *Envío del autor*. San José, Costa Rica, 17 de enero de 1937 =

Si nos propusiéramos representar gráficamente la intensidad de la dignidad que el hombre manifiesta en su avance en la vida privada y pública, deberíamos hacerlo con una línea sinuosa que descendería en relación a la mayor posibilidad de dar satisfacción a su concupiscencna. Es decir, el hombre siguiendo el ritmo de la masa a que pertenece, se muestra en lo moral más torpe a medida que adquiere más facilidad de satisfacción grosera. Más claro: la aristocracia está en razón inversa de la riqueza.

Parece paradógico, pues nos han enseñado a interpretar al aristócrata como equivalente a acaudalado. Y hasta se ha pretendido limitar una casta por su manera de vestir, inventando una especie de uniforme para esta clase social: el frac, el chaqué o simplemente el smoking. Afortunadamente, cierto es que algunos que usan esta clase de indumentaria son dignos caballeros; pero no es menos cierto que una buena parte son unos grandísimos bribones. La aristocracia no tiene uniforme. El vestido no es prenda de cualidad moral del que lo usa. Las mansiones y palacios tampoco son albergues seguros de la mejor intención humana: muchos han sido escenarios de crímenes horrendos, de traiciones inconfesables y adulterios infames. La aristocracia no tiene albergue determinado. Los títulos, dignidades, altos cargos, tampoco son fiel marchamo de buena ética: reyes, ministros, nobles, prelados, hasta papas han aportado su contribución a la más negra ignominia. No hay clase, casta, orden, secta, partido, que sea exacto representante de la óptima conducta. ¿Cómo, pues, hacer un itinerario? ¿Cómo señalar preferencias en la conducta humana?

Recurramos, otra vez, a la historia. El pueblo romano observaba, en un principio, una ética que le hizo destacarse de entre los demás pueblos coetáneos. La familia era la fibra esencial de aquel cuerpo político. El sentido del deber (pietas), no había alcanzado nunca un concepto más estricto. Pero viene la conquista y con ella aparecen las guerras con las sucesivas victorias con toda la secuencia de adquisiciones y afluencias a la capital. Cantidad de padres y primogénitos quedan para siempre en los campos de batalla, resintiéndose la familia de la falta del cabeza. Las matronas, suplen, un tiempo, con su virtud y abnegación aquella falta; pero acaba la mujer por hacerse presuntuosa y amante del lujo. Aparece, con el tiempo, el divorcio, signo fehaciente de la decadencia de aquella vida familiar romana ejemplar. Incluso muertes de maridos envenenados por sus cónyuges tiene que ver la justicia. Se introducen las prácticas impuras de la religión de Dionisos en las que la mujer figura como principal delincuente. Aquel estado de cosas queda reflejado por esta frase de Catón: "Todos los hombres gobiernan a sus mujeres: nosotros, los romanos, gobernamos todo el mundo y nuestras mujeres nos gobiernan a nosotros". El mismo Catón y Emilius Paulus, se afanan por corregir a tiempo el descenso moral de su pueblo por medio de la educación.

La vida, antes, era sencilla y sobria. La familia poseía sus tierras y los aperos para trabajarlas. Ahora, con la conquista, posee, además, moneda que sirve para despertar el afán de poseer más y emplear medios ilícitos de obtenerla.

Por otra parte, la falta de hombres en el campo quiso ser remediada con la aglomeración de esclavos, gente de distintas razas, idiomas y religiones, privadas de sus respectivas familias, carentes de todo principio moral que había de influir en la precipitación de aquel caos moral.

El mismo poder del Cónsul va mermándose. Antes, era sagrado, como lo era la autoridad del *pater familia*. Con las guerras, el Cónsul se ve obligado a abandonar la capital y ser sustituído por los Pretores.

De la vida austera, virtuosa, sencilla, de la Roma republicana, se pasa a la viciada, crapulosa y corrompida del Imperio. Y este hecho lo vemos en todos los pueblos que existen y han sido, pues esta metamórfosis no es capricho ni casualidad, sino imperativo de una biología inengañable.

Lo que queremos hacer resaltar es que la deserción de los que deberían detentar el sentido más íntimo de la ética de la vida, ha dado por resultado esta falta de comprensión de la necesidad de las más amplia convivencia de todos los hombres.

La escuela instructiva ha fracasado y hora es de que la arrinconemos en el desván de las cosas inútiles y la sustituyamos por el organismo eminentemente vivo y humano que des-

pierte en la personalidad, responsabilidad e iniciativa.

Procederes bastardos los constatamos en el hombre de chaqué, de uniforme, de hábito y de blusa: consecuencia lógica de la perturbación de los de arriba es la falta de dignidad en los de abajo. Una invasión imponderable procedente de las clases adineradas ha llegado a las masas y a los mismos partidos políticos proletarios. Falta de delicadeza, de ponderación de los impulsos morales, de dignificación individual y colectiva trasciende de todos los lugares. Y es triste! El hombre de buena voluntad que sabe ver la parte trascendental de la vida, se retira desengañado por tanto fracaso! Y pensar que queremos atajar el mal con organizaciones militares que desde la infancia —qué crimen—, hasta la edad madura ahogan anhelos que son frutos de las nefastas escuelas primaria y secundaria actuales y del desequilibrio social!

No es crisis de democracia lo que vivimos, sino de valores morales determinantes de la vida de los pueblos. Nos han hablado de derechos, y de derechos vivimos un sueño; la única realidad está en la conciencia de los deberes que entrañan en sí el reconocimiento de todos los derechos, naturales y civiles. Mientras no despertemos la personalidad responsable del hombre, la vida, considerada como función social, será un mito, y una tragedia, toda la secuela de groserías, injusticias y apetencias toscamente materiales.

La Galatea y sus antecedentes...

(*Viene de la página* 59)

desde entonces acá ha pasado mucha agua bajo los puentes y es el caso de decir que está ya duro el alcacer para zampoñas.

El mismo Cervantes vió luego claramente las artificialidades y amaneramientos de este género de libros y a su buen juicio debemos burlas que superan en agudeza las de sus comentadores alemanes e italianos. Así le vemos satirizar de lo lindo sus convencionalismos y ridiculeces en el *Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la Puerta del Campo,* y en el Capítulo LXVII de la segunda parte de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Y sin embargo, no obstante esto y que Cervantes no concluye su Galatea ni vuelve a escribir ninguna novela pastoril, su interés por el género bucólico no pasa con sus años juveniles ni siquiera sufre mengua. Ese interés sigue siendo el mismo hasta el fin de sus días como lo prueban ciertos pasajes de su obra maestra y del Persiles. El propósito de dar cima a la novela primigenia no le abandonó nunca tampoco y de ello hacen fe sus propias palabras en el episodio del escrutinio de los libros de Don Quijote, (7) en el prólogo de la segunda parte, en el de las *Novelas Ejemplares,* en la dedicatoria de sus Comedias y en la última carta con que ofrendó al Conde de Lemos su obra póstuma unos pocos días antes de morir, carta cuyas últimas palabras rezan así: "Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de la Semanas del Jardín y del famoso Bernardo, si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas fin de la Galatea, de quien sé, está aficionado V. E. y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios a V. E. como puede. De Madrid a diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años. Criado de Vuesa Excelencia, Miguel de Cervantes".

Dichosamente el cielo le evitó a él cumplir tal promesa y a nosotros la duplicación del fastidio que irremediablemente nos sobreviene con la lectura de la primera parte de su *Galatea.* No que el libro carezca de galas de estilo y de rasgos de ingenio que le recuerden a uno que está en presencia del futuro autor de Don Quijote, sino que las aventuras que constituyen el asunto son tan falsas y convencionales de no inspirarnos auténtico interés. La atención no puede mantenerse alerta todo el tiempo entre la frondosa maraña de su retórica, y en veces, por el contrario, se cansa y exaspera de las trasposiciones violentas y de la copiosa y aburrida adjetivación, aunque tampoco deja de fijarse cuando surge aquí y allá una expresión genial, un detalle descriptivo oportuno, un asomo de ironía, de esa ironía de la cual hemos dicho en otra parte que hace aun cosquillas a los siglos y los desternilla de risa.

Cuando Cervantes ironiza no puede uno menos que sorprenderse de que un genio tan realístico y penetrante como el suyo pudiera tomar en serio estos enamoramientos entre *discretos* pastores que no tienen de tales sino la zamarra, churumbelas y demás paparruchas, y se diese a transitar por entre campos eternamente *verdes,* fuentes eternamente *claras* y corderos eternamente *simples.* La primera vez que cayó en nuestras manos la Galatea, leyendo los deliquios de Licio y las quejas de Erastro, hasta se nos ocurrió pensar si no sería ésta una tomadura de pelo del manco inmortal contra las novelas pastoriles, como fué el Quijote contra los libros de caballerías, esto es, si cuando compuso la Galatea no habría despertado ya a la comprensión de que tales cosas eran boberías "para entretenimiento de ociosos", como dijo luego el perro Berganza de su cuento. Excusado es decir que estaba bien lejos de nuestro pensamiento adelantar ninguna teoría para cuya defensa nos falta preparación erudita y sentido crítico. Pensábamos sólamente que con tal explicación tal vez fuera posible leer hoy la Galatea sin sentir el rencor y deseo de venganza que dicen sentía Voltaire cuando se enfrascaba en la lectura de los casuístas: "Ahora os estoy leyendo pero más tarde me la pagaréis". De todas suertes una teoría como ésta hubiera tenido en su abono: primero, estar sustentada en el buen sentido del príncipe de los ingenios: y segundo, ofrecer la oportunidad de contentar el sentido humorístico de los eruditos, caso de que exista tal cosa entre ellos.

El pasaje del Coloquio, lo mismo que el otro del Quijote a que ya hicimos referencia, ambos francamente burlescos de las novelas pastoriles, siguieron siendo por mucho tiempo para nosotros una manifestación curiosa del genio cervantino al cual era imposible que escaparan ilesas de su ironía las extravagancias y amaneramientos de la novela bucólica. Nos resultaba difícil explicarnos que el hombre que con tan certera visión señalaba las ridiculeces del bucolismo (8) pudiera sentirse atraído hacia él a través de toda su vida. La explicación creímos encontrarla luego en esas dos fuerzas que se disputan el alma de todos los hombres, pero la de Cervantes con mayor intensidad, o mejor dicho, en lo que Ortega y Gasset llama las dos vertientes maestras de su espíritu, la que le lleva hacia arriba, hacia las arduas cumbres, y la que le trae hacia abajo, hacia la planicie llana y humilde.

Por una parte el realismo le movía a observar y describir la vida y las costumbres humanas en toda su crudeza, a ofrecernos del mundo una imagen verídica y exacta; y por otra el idealismo le impulsaba a evadirse de las fealdades de la realidad, a entretenerse y divertirse con "cosas soñadas y bien escritas", que es en efecto el elogio que le merecían los libros pastoriles. Esta es la misma trágica dualidad que trasciende de las páginas de Don Quijote. De un lado el noble ejercicio de la caballería andante, del otro la parodia cruel de las obras en que se cuentan las andanzas de aquellos caballeros esforzados: de un lado Dulcinea del Toboso, cuya belleza toca y sobrepasa los límites de la humana hermosura, y del otro Aldonza Lorenzo que huele a ajos y a sudor aldeano. O como dice muy bien el perspicaz Américo Castro: "Genio prismático, hacía que esa verdad inteligible se tornara en verdad sensible. ¿Pastor de zampoña? ¿Pastor de abarcas astrosas? ¿Yelmo? ¿Bacía de barbero? La única esencial diferencia en el caso de lo pastoril es que el conflicto entre ambas verdades no se resuelve en maravillosa síntesis como en el Quijote; pero por el espíritu de Cervantes, al pensar en la Galatea, ambulan fragmentos del artístico problema" (9).

Aunque no somos voto en la materia, queremos decir que, a nuestro juicio, ese problema lo ha resuelto el sabio profesor a quien acabamos de citar, con su fórmula de lo universal poético y lo particular histórico, la cual está abonada no sólo por los rasgos distintivos del genio cervantino sino por la modalidad literaria común a todos los escritores de aquel tiempo. "El Renacimiento,—sigue diciendo Castro—, había labrado formas características para las dos tendencias que venían señaladas desde la Edad Media: literatura idealista (serie heroico-trágica) y literatura con inclinación hacia la materia (lo cómico, lo picaresco, lo que con mayor o menos precisión se llama realismo y a veces es simple naturalismo). Al acentuar el Rena-

(7)—"La Galatea de Miguel de Cervantes—dijo el Barbero.

"—Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega..."

Don Quijote, I, cap. VI.

(8)—La posición de Cervantes respecto a la novela pastoril es la misma que respecto a los libros de caballería. En el fondo los ama, aunque le parezcan inferiores al ideal que los engendró, y por lo mismo tampoco le satisfacen las pastorales comenzando por la de Montemayor y terminando por la suya. Si salva a Gil Polo y a Gálvez de Montalvo es por méritos poéticos. Nadie ha visto con tan serena crítica los vicios radicales de estas églogas, nadie los satirizó con tan picante donaire. Juntos estaban los libros de caballería y los pastoriles en la biblioteca de Don Quijote y cuando se inclina el cura a mayor indulgencia con ellos por ser libros de entretenimiento, replica agudamente la sobrina: Ay, señor, bien puede vuestra merced mandar quemar todos; porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.

Menéndez y Pelayo—*Orígenes de la Novela.*

(9)—Américo Castro—*El Pensamiento de Cervantes.*

cimiento, con intensidad no vista antes, el poder de la razón y del ideal de una parte, y la propensión a los valores más inmediatos y terrenos de otra, ambas tendencias adquieren vida nueva e intensa dentro de los nuevos géneros literarios que surgen del siglo XV al XVI. Cuando Cervantes llama a la Celestina libro humano y divino, expresa claramente lo que pensamos en este cosa. La Italia del siglo XV había conocido muy destacadamente ambas formas de arte representadas en las renovaciones del platonismo de Ficino (por ejemplo la Arcadia de Sannazaro) y en Pulci y su Morgante. Tales actitudes hubieron de ponerse en contacto; y así aconteció que la visión crítica y materialista de la vida lanzó sus garras sobre la visión mágicamente supraterrena. El ideal se precipita por la vertiente de lo cómico, y esa función de plano inclinado es la que realiza p. eje. la novela picaresca" (10).

Entendidas así las cosas, la Galatea se nos ofrece como uno de esos tapices de asunto campestre que cuelgan en las salas de los viejos palacios. La escena sin duda es falsa, los rústicos personajes son amanerados, y los colores convencionales o desvaídos. Un hato de ovejas, de esas ovejas que nunca se ordeñan, al decir de Galvez de Montalvo, bala melancólicamente a la orilla del arroyo o se acoge en silencio a la sombra de un árbol. Todo allí es irreal, y sin embargo el conjunto da una sensación de arte innegable. Cervantes se deleitaba fabricando en su fantasía escenas parecidas, pero a veces gustaba también de mostrarnos el cañamazo en que estaban bordadas. Su crítica, pues, de la novela bucólica no es más que el reverso de un lindo gobelino de tema pastoral.

(10)—Américo Castro—*El Pensamiento de Cervantes.*

Pablo de la Torriente...

(*Viene de la página* 56)

mil hombres habían alistado, de una sola vez, en épico arrebato, esa propia mañana. Las mujeres, rifle al hombro, desfilaban por las calles ametralladas camino del Manzanares. Pablo de la Torriente Brau no había nacido para "contemplar el crimen en calma". Ni era honrado pelear con la pluma cuando lo que urgía era enfrentarse decisivamente a las balas. Así fué. Pablo de la Torriente Brau arrojó violentamente su pluma—esa pluma suya que deja páginas imperecederas y dos libros inéditos (1)—y se alistó en las milicias con el gran pintor español Gabriel García Maroto. Autodenominados comisarios políticos, lo fueron oficialmente días después por el Comisario de Guerra Julio Alvarez del Vallo.

Contra lo que se esperaba, Madrid no cayó. Contra lo que se creía, Madrid resistió a pie firme, con inquebrantable fiereza, los bombardeos aéreos y el vendaval interminable de los obuses. Pablo de la Torriente Brau —comisario político del batallón comandado por Valentín González, *El Campesino*, compuesto por agricultores de Extremadura y Castilla— desafió a pecho descubierto, en primera fila, como el 30 de Septiembre de 1930, las iras cavernarias de los esbirros machadistas del imperialismo yanqui, la metralla mortífera. La valentía, el coraje, la abnegación sin tasa del pueblo madrileño, desbordaron su admiración siempre alerta para loar lo admirable. "Aquí —escribe— en medio de una serie de cosas que serán siempre indescriptibles, ha ocurrido el espectáculo de un pueblo que en todo momento ha pensado en la victoria o en la muerte, pero nunca en la rendición. Y esto es digno de que se diga en todo instante para que se sepa lo que un pueblo puede llegar a ser cuando se dispone a no ser esclavo más nunca".

El implacable bombardeo de la ciudad indefensa le arranca las reflexiones siguientes: "Mentira es todo lo que se ha dicho y escrito y se ha filmado hasta ahora sobre la guerra. Con razón me decía López Rubio en el Príncipe que todo lo que había visto y leído no sirvió para nada junto a la realidad bárbara de la guerra europea. Y aquí pasa lo mismo. Porque debo advertirte que ya a Madrid no le enseña nada ninguna de las ciudades que fueron castigadas durante la guerra de 1914. Hay barrios enteros destrozados por el cañón y los bombardeos aéreos de la aviación fascista, que ha causado entre las mujeres y los niños madrileños tántas o más víctimas que las que ha causado en el frente de pelea durante toda la guerra. Los incendios nocturnos fueron empleados con gran frecuencia y no han vacilado en bombardear museos, palacios y hospitales. Nada los detiene ante su fracaso. Llegaron hasta Madrid como en un paseo y después el paseo se le ha convertido en un tormento como el de Tántalo. Porque hace más de quince días que están a la vista de Madrid. Que están más cerca de Madrid, en muchos casos, que los mismos madrileños, y, sin embargo, ni pueden ni podrán entrar nunca. Y por eso han decidido hacer de todo y no han titubeado en declarar que aunque no ganen se encargaran de dejar destruída la ciudad y toda España. Y la destruirán, pero no vencerán". Una mañana brumosa de noviembre —brumosa de niebla y del humo ceniciento de las explosiones— el batallón de Pablo Torriente Brau recibió órdenes de la Junta de Defensa de trasladarse a Alcalá de Henares. Allí repondría sus efectivos perdidos y se tomaría un respiro como premio a su combatividad y denuedo. La jornada había sido excesivamente dura. García Maroto estaba gravemente herido. Raigorosvki —muy popular en el estudiantado cubano por su participación descollante en sus luchas— muerto. Y centenares de bajas en las filas anónimas. Pero Pablo de la Torriente Brau escapó a la infernal embestida sin el más leve rasguño.

Dos semanas más tarde la columna *Campesino* recibió instrucciones de ponerse en marcha. En carta escrita a Teté Casuso el 27 de noviembre de 1936 desde Alcalá de Henares —probablemente su última carta— Pablo advierte ya la salida próxima: "Pronto —dice— saldremos a operaciones, en una guerra interesante y audaz. El jefe de las fuerzas —se refiere al *Campesino*— es un hombre con algunos rasgos parecidos a Carlos Aponte. (2) Sobre él tal vez escribiré algún libro repleto de interés. Porque está lleno de personalidad, de fuerza, de audacia, de rudeza y de vigor". Y no se supo más de él hasta ahora, en que el cable reporta desde Pozuelo de Alarcón la muerte "del comisario político cubano Pablo de la Torriente Brau en un bombardeo aéreo." Había dejado de ser, cuando la fortuna se abría triunfalmente ante las milicias heroicas, "el hombre afortunado" de siempre. Indemne, milagrosamente indemne en Madrid, moría, en eventual contingencia, el 23 de diciembre, cuando una calma pesada se extendía a lo largo del frente, prendido acaso nostálgicamente a sus recuerdos más íntimos, a Teté Casuso, a sus padres y hermanos, a sus amigos, a sus árboles, a sus perros, a sus versos inconclusos.

El bombardeo, inesperado, lo atrapó fatalmente. Minutos después —todavía palpitante sus carnes ensangrentadas, pugnando quizás por levantar el puño viril en la inconciencia lúcida de la agonía, apagados sus ojos antes de decir cuanto vieron, inmóvil, definitivamente inmóvil la mano que habría escrito el libro egregio de la revolución española,—sus camaradas, los campesinos de Valentín González, con la radiosa y emocionante visión de su caída como bandera en la bayoneta, como impulsados por la fuerza secreta y arrolladora, en empuje invencible, avanzaron cinco kilómetros sobre las líneas enemigas. Iban impulsados, inconteniblemente impulsados, por el espíritu enérgico de Pablo de la Torriente Brau, que vive, que sigue luchando, que seguirá luchando, que no descansará, sonriente y tranquilo, al pie de una palma cubana, en tanto su ejemplo tenga todavía que hacer en el mundo.

(1)—La obra inédita de Torriente Brau—su libro sobre el presidio cubano y la farsa novelesca *Memorias del soldado desconocido*—será publicada en España en cuanto lo permitan las circunstancias. El libro sobre el presidio llevará prólogo de Alvarez del Vayo. Por nuestra parte, los amigos y compañeros de Pablo estamos preparando la publicación de un folleto contentivo de sus artículos sobre la revolución española, que llevará prólogo mío. A la vez proyectamos editar un libro de trabajos especiales sobre su personalidad protéica, como homenaje a su generoso y ejemplar sacrificio. Quedan invitados a colaborar en el mismo cuantas voces afines lo deseen.

(2)—Revolucionario venezolano de renombre continental. Durante dos años fué lugarteniente de Sandino. Murió en la acción del Morrillo, Matanzas, Cuba, junto al líder revolucionario cubano Antonio Guiteras.

Juzga Bernal Díaz Castillo

Y el Pedro de Alvarado acordó de ir a ellos con todos los más soldados que tenía, y de a caballo y escopeteros y ballesteros y muchos amigos de Guatimala, y sin ser sentidos da una mañana en ellos, en que se hizo mucho daño y presa, y valiera más que ansí no lo hiciera sino conforme a lo que mandó Su Majestad.

Y desque aquello alcanzó a saber el capitán Luis Marín, prende al soldado y luego le mandó en posta le llevasen a México para que Cortés le castigase; y esto hizo el Luis Marín porque era un hombre el soldado que se tenía por principal, que por su honor no nombró su nombre hasta que venga a coyuntura en parte que hizo otra cosa peor, y como era malo y cruel con los indios, dende a obra de un año murió en lo de Xicalango en poder de indios, como adelante diré.

(En el tomo II de la *Verdadera y nottble relación* del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala. En la Biblioteca *Goathemala*. Guatemala, 1934)

Entérense las plañideras...

(Viene de la última página)

Y ahora la acusación que tanto hemos oído, acusación contra los fascismos italiano y alemán. Hay que repetirla siempre porque la pillería mayor desatada contra España es la pillería de los fascismos internacionales. En boca de este periodista yanqui tiene fuerza porque es para el público de un periódico que sólo quiere informar sin intentar ganar voluntades para la República Española. Informa y ese informe es revelador. Oigamos:

"El General Franco ha luchado y fracasó, pero el Reichsführer Adolf Hitler y el Premier Benito Mussolini no pueden resignarse a perder. En pocas palabras esta es la historia de la guerra civil española. Franco contaba con el mejor ejército, equipado más modernamente y con oficiales que podían ejecutar sus órdenes a tal perfección que ganó todas las victorias hasta que intentó dominar Madrid. Allí lo pararon en raya las tropas del Gobierno y hasta ese momento nadie —excepto el mismo Gobierno de Madrid— creía que Franco sería atajado. Y cuando lo atajaron el Gobierno convenció a los apoyadores alemanes e italianos de Franco que Madrid podía ganar la guerra; es decir la podía ganar a menos que Alemania y Italia intervinieran directamente con tropas y barcos. Y esto resolvieron hacer los fascismos de los dos países. Resolvieron hacerlo porque Franco había perdido, según juzgaron, y a despecho de una guerra en Europa. Después de esta decisión a mediados de noviembre, el ejército alemán y la armada italiana están ahora completando la obra ya emprendida por los tanques de artillería y los aeroplanos que enviaron desde el principio a España. Por Portugal entraron 6.000 mozos rubios del Reichswer alemán y sus botas de campaña pesadas aplastan las calles de Sevilla, Cáceres y Salamanca, animando a las gentes a quienes miran con desdén de arios".

Contaban de los moros que eran llevados a España diciéndoseles por quienes los enganchaban que era para ayudar al Gobierno Español. Pues por lo que el periodista Whitaker refiere, las tropas alemanas que luchan con los cavernícolas están todavía en una condición más desgraciada que el moro. Esas tropas ni siquiera saben al ser embarcadas en Alemania hacia qué punto del planeta se dirigen. Es cargamento de esclavos movido por la horrible satrapía de los nazis. Oigamos a Whitaker: "He visto las tropas alemanas y algunos me han dicho que sólo los oficiales sabían a dónde marchaban cuando fueron embarcadas. Estos mozos, por supuesto, no se sienten satisfechos. Rescaté a un piloto alemán cuyo Heinkel fué derribado cuando volaba y no sabía si lo hacía sobre tropas rebeldes o leales; y estuve entre varios alemanes y los oí maldecir a España mientras sostenían por la cabeza a un joven de Stuttgard que agonizaba con una bala de ametralladora en el estómago". Esa es la condición de esclavos en que el fascismo alemán tiene sumido a los soldados. La misma condición de esclavos. Los apiñan en barcos como ganado y los desembarcan en país extraño con órdenes de asesinar al pueblo. No están en condiciones de distinguir cuál es en realidad el enemigo que deben matar. Ni precisa, porque para este soldado mercenario el enemigo es el pueblo español. Por eso se le arrea como ganado. Para asesinar al pueblo español. Realidad tristísima. Pero es la realidad que hará triunfar al pueblo español. Los cavernícolas han tenido que entregarse como miserables canallas al capricho de los fascismos italiano y alemán porque al abrirles la entrada a España se ataron a una servidumbre completa. Los fascismos están comprometidos en España y aprovechan haber sido traídos por la traición cavernícola para destruir y sumir a España en la más oscura barbarie. Pero están siendo batidos heroicamente. Es un pueblo el que les sale al paso por todos lados a los mercenarios del fascismo. Esos mercenarios tienen la consigna de acabar con el pueblo. Y la cumplen. Sus cañones, sus ametralladoras, sus explosivos son los que combaten. No hay nada de español en la guerra llevada por los fascistas a España. Todo es mercenario. Mejor para España, porque así será más grande la victoria final. Ya está perfilándose esa victoria a pesar de los crímenes. Los fascismos itensifican la destrucción pensando que así apresuran en su favor la victoria. Sólo apresuran la derrota. España será para los fascismos la tumba definitiva.

Allí tienen las plañideras otros motivos para guardar el silencio de que las acusa el señor Gordon Ordás. No llorarán ahora en presencia de los crímenes de la barbarie. No llorarán porque acusa el periódico yanqui que no tiene de rojo nada. Porque refiere para los lectores de ese periódico un hombre que no es rojo y que ha recorrido pie a pie los campos en donde los fascismos están asolando a España. No dirán las plañideras cavernícolas que las mesnadas fascistas se han apoderado de España porque quieren conquistarla con la miserable participación de los traidores militares. No lo dirán a pesar de que el relato del periodista yanqui acusa esa conquista. Ya el cavernícola forma el coro de las plañideras ha llegado al grado máximo de descastamiento y su interés es tan sólo que los Franco y los Mola ganen la guerra. No quiere ver que esos monigotes ya no suman desde mediados de noviembre pasado en que fueron parados a raya en los alrededores de Madrid. No suman los monigotes de la traición porque perdieron la guerra abisinia cuando un pueblo comprendió que debía unificar los esfuerzos para salvarse de la esclavitud fascista. La perdieron para bien de España y del mundo antifascita. Y como la perdieron no tuvieron más camino que dejar al invasor fascista que pisoteara a España y fueran ellos testigos de la insolencia. Las mesnadas fascistas pisotean a España. Pero el cieno que puedan levantar con sus pezuñas sólo mancha al traidor y sirve de sepultura a las mesnadas. España no perecerá. El destino de España es que no debe perecer porque lo que ahora conquista matando a los fascismos será para bien de la humanidad que no quiere quedar presa bajo el vientre adiposo alemán y las nalgas caídas italianas.

Cogidas en don Miguel de Unamuno

...acordándome de la obra que me ha valido más prestigio—*praestigia*, en latín, quiere decir engaño, ilusión.

Etimológicamente, el rato es el *rapto*, el arrebato.

Tránsito—esto es: muerte.—

Enorme, esto es: fuera de norma.

Del participio latino *diversus*, de *divertere*, verter de lado, apartar una corriente, viene nuestro *divieso*—como de *traversus* viene travieso, y de *adversus*, avieso—y que no pocas diversiones nos traen y nos resultan diviesos más o menos malignos.

San Miguel Arcángel—Miguel quiere decir "¿Quién como Dios?" y arcángel, archi-mensajero.

Diablo quiere decir acusador, fiscal.

El corazón tiene también su luz que sube a las niñas de los ojos, y éstos miran para ver y no para no ver—*invidere*,—no para envidiar, no para des-ver, no para aojar o hacer mal de ojo. Y hay quien al mirar así ilumina lo que mira, y lo admira.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
EN COSTA RICA:
Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE. $3.50
EL AÑO, $6 00 O. AM.
GIRO BANCARIO SOBRE
NUEVA YORK

Entérense las plañideras de por acá

Por *JUAN DEL CAMINO*

= *Colaboración.* Costa Rica y enero del 37 =

Las plañideras cavernícolas impidieron que Costa Rica fuera honrada con la permanencia, que iba a ser breve, de uno de los diplomáticos de la España republicana y democrática. Don Félix Gordon Ordás salió a servir a España. Y servir a España es estar en la pelea diaria. La maldad desatada contra el pueblo español es satánica. No hay procedimiento por infame que sea fuera del alcance de los cavernícolas. El defensor de España no debe tener flaquezas. Por todos lados le saldrán al paso las mesnadas en actitud de atropellarlo. La medida la están dando con la destrucción y el asesinato puestos como consigna en la guerra bárbara llevada a un pueblo libre. Quieren acabar con él y no toleran que en el exterior se le defienda. El señor Gordon Ordás quería venir a nuestro país a defender la Legación de España de la traición. El señoritingo que hacía de representante traicionó. Con lo cual no hizo nada nuevo. La república estaba servida en el exterior casi sólo por traidores. Fingían lealtad y hasta la declararon cuando se les obligó a hacerlo. El de aquí entregó la legación a los cavernícolas y se alzó por consejo de ellos con todos los documentos y valores que recibió cuando la República vió en él a un hombre de honor. A exigir respeto venía el señor Gordon Ordás y las plañideras que él ha pintado certeramente lloraron a coro a los pies del gobernante costarricense. Tanto lloraron que obtuvieron esa tristísima declaración oficial según la cual Costa Rica no debe recibir Representantes de la República Española porque tampoco los recibe de los traidores de Burgos. Las plañideras hicieron creer al elemento oficial que el señor Gordon Ordás traería la desarmonía y la colonia que tan unida ha vivido sufriría las terribles consecuencias. Lo oficial acató tan armonizadoras reflexiones y el diplomático vió cerrado el país.

Es una función de las plañideras que de seguro desconocía el señor Gordon Ordás. Nos privamos de su cercanía gracias al lloro de las plañideras de por acá. Pero su fuerza combativa se despliega en México. Y México está dando a nuestra América una lección que orientará a las generaciones nuevas. El diplomático puede desde aquella grande y admirada nación hispanoamericana desarrollar día a día su plan de defensa de la República Española. Y nuestros pueblos lo aprovecharán porque su voz es voz de lucha iluminada. Extraña a los mentecatos este tipo de diplomático para quien, si tienen importancia las cosas rutinarias del oficio, no es de tanta magnitud esa importancia como para momificarlo y sumirlo en el silencio. España necesitaba el diplomático combativo y situó en México al señor Gordon Ordás. Cuánto bien ha hecho su pluma severa y clara. Un continente empieza a ver que España no es la barbarie pintada por los cavernícolas de la traición. Empieza a ver que la obra de las plañideras ha consistido en desfigurar la realidad española para llenar de odios al mundo contra el pueblo inteligente y heroico que está siendo asesinado por las mesnadas fascistas introducidas a España por los traidores cavernícolas. Ya no es posible creer a las plañideras, porque los crímenes de la traición son repugnantes y revelan su desvergüenza.



De la estratoesfera a la zona templada

Madera de *Laporte*

Los defensores de España crecen y son sinceros. Encontramos uno de vigoroso empeño acusador. Es yanqui y se llama John T. Whitaker. Queremos hablar de su acusación precisamente por haberla hecho en uno de los diarios que las plañideras cavernícolas no pueden ni remotamente acusar de rojo. Nos referimos a *The New York Herald Tribune*, en donde acaba de publicar el señor Whitaker el relato del cual traduciremos pasajes que el pueblo yanqui ha tenido que leer conmovido. No es la destrucción pintada sistemáticamente por los cavernícolas para desacreditar a España y justificar así su conquista por las mesnadas de los fascismos italiano y alemán. Es la narración del periodista que quiere a España porque la conoce y ha vivido en ella y ha presenciado su destrucción, no por españoles sino por mercenarios alquilados por esos fascismos piratas. Whitaker no habló oficiosamente y esto da mayor realce a su acusación. El diario a que sirve lo mandó a recorrer España para informar de su guerra. Y lo hace con valor. Veamos: "¿Qué fin corren las tropas gobiernistas atrapadas en territorio enemigo? Durante meses que visité el frente no dejé nunca de verlas esparcidas grotescamente a lo largo de los fosos cavados en el camino. Ejecutados muy de mañana eran arrojados los cuerpos de estos milicianos y los encontrábamos todavía calientes. Por la tarde a nuestro regreso los encontrábamos ya quemados por medio de gasolina. Al siguiente día encontrábamos nuevos cuerpos en el mismo sitio." Y este pasaje horrible: "No se permitió a los periodistas entrar en Toledo sino hasta el segundo día después de la ocupación de las tropas de Franco que rescataron a los del Alcázar. Se nos dijo que la lucha en las calles era muy peligrosa, pero es lo cierto que se nos había permitido ir a las propias líneas del frente con tropas, y a batallas que entrañaban mayores peligros. Sin embargo, todos comprendimos la razón. Era que habían quemado vivos a todos los heridos encontrados en los hospitales de Toledo y después de que todas las calles fueron limpiadas de obstáculos, "ejecutaron" a más de dos mil civiles. "Ejecuté con mi pistola automática 122", me dijo secamente el jefe de los falangistas o fascistas. "Me tuvieron preso y me hicieron sufrir y le confieso que gozo matándolos. Los maté uno por uno cargando y volviendo a cargar esta automática hasta sentirla ardiendo en mi mano".

(Concluye en la página anterior)